LIBRARY
MAR 25
THEOLOGICAL SEMINARY

BX1756.G365 S4 1936
Garcma. Juan Crisstomo.
1883-1967.
Selecci*s*n oratoria de Juan
Crisstomo Garcma.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/seleccionoratori00garc

SELECCION SAMPER ORTEGA DE LITERATURA COLOMBIANA

N.° 78

SELECCION ORATORIA

DE

JUAN CRISOSTOMO GARCIA
Presbítero

TERCERA EDICION
EDITORIAL MINERVA S. A
BOGOTA - COLOMBIA

MATRI. BENE. MERENTI

POSTHVMAE. PIETATIS

MVNVS

SELECCION SAMPER ORTEGA DE LITERATURA COLOMBIANA

ELOCUENCIA

N.º 78

SELECCION ORATORIA

DE

JUAN CRISOSTOMO GARCIA

LIBRARY OF PRINCETON
MAR 25 2011
THEOLOGICAL SEMINARY

TERCERA EDICION

EDITORIAL MINERVA S. A.

BOGOTA - COLOMBIA

MAR 25 1969

DON JUAN CRISOSTOMO GARCIA

Juan Crisóstomo García, *Juancho*, como cariñosamente le decimos quienes nos honramos con su amistad, nació en el Socorro el 27 de enero de 1883; pero debe considerársele bogotano, de los finos, tanto porque desde muy pequeño reside en la capital, como por lo netamente santafereño de su espíritu.

Por su madre, doña Benilda León Carreño, Juan Crisóstomo lleva en las venas sangre de nuestros próceres, entre ellos de la misma que llevó el magistral D. Andrés Rosillo. Su padre, D. Agustín S. García, sirvió por muchos años la notaría 3a de Bogotá, y antes había sido senador de la república y magistrado. No habrá tal vez en Bogotá quien no recuerde con cariño a este buen anciano que estaba relacionado con lo mejor de nuestro mundo social y comercial; que por su rectitud y benevolencia constituía, como nuestro padre Almansa, un timbre de honor para Bogotá, y que era a modo de intermediario entre las nuevas generaciones y las que ya habían tocado a su ocaso. A esta circunstancia debió quizá su hijo el que en los albores de su edad hubiera tratado a muchos personajes cuyo nombre está vincula-

do a nuestra historia política y literaria: Aníbal Galindo. Medardo Rivas. José Manuel Marroquín. Rafael Pombo. Vicente Restrepo. José María Cordovés Moure. Guillermo Quintero Calderón. Isidoro Laverde Amaya. José Asunción Silva, Santiago Cortés y otros muchos.

El Dr. García cursó primeras letras en cierta escuelilla. anexa al *Colegio de Colón* que regentaba D. Víctor Mallarino, ese benemérito educador de juventudes; de la escuela anexa pasó al colegio. y de allí. hacia fines del siglo, al Seminario Conciliar, donde no hizo huesos viejos. como que para el año de 99 se le veía en el *Rosario*, consagrado a las matemáticas. que supongo le servirían para obtener un empleillo en el Ministerio del Tesoro, cuando a causa de la guerra hubo de abandonar las históricas aulas de Fray Cristóbal.

Mas sea porque no le agradase mucho la vida burocrática, o porque decidiese compensar los dolores de cabeza que le habían producido las sumas y restas en aquel empobrecido ministerio del Tesoro. es lo cierto que a poco García optó por la Escuela de Bellas Artes. donde en 1902 y 1904 obtuvo medalla de oro por sus trabajos de Pintura al óleo. Allí trató de cerca a otro de nuestros más excelsos poetas, D. Diego Fallon, que a la sazón regía la cátedra de filosofía de arte. en la que años después nosotros tuvimos el honor de sucederle.

Pero la cabra tira al monte y el pariente del canónigo Rosillo estaba destinado a vestir también la sotana; así que de 1905 a 1908, fecha de su ordenación sacerdotal. tornó de nuevo al Seminario. donde nosotros le conocimos, y aun es

posible que a él le debamos nuestras primeras nociones de latín, porque los ordenandos solían en aquel tiempo, tal vez por vía de entrenamiento, darnos clases a los chicos. Recordamos, sí, que era allí bibliotecario, de modo que no es de extrañar en el Dr. García su grande erudición, en la que tiene parte definitiva la circunstancia de haber ejercido desde entonces el profesorado en varios colegios de Bogotá, entre ellos en el propio Seminario, donde tuvo por discípulos ¡que recordemos, a los actuales obispos de Tunja, D. Crisanto Luque, y de Manizales, D. Luis Concha, a los canónigos Brigard Ortiz y Díaz y a muchos otros sacerdotes que hoy son honra de la iglesia colombiana. Entretanto, ha sido párroco de Egipto, archivero del Capítulo Metropolitano, censor eclesiástico, juez sinodal y vice-canciller del Arzobispado, por lo que atañe a su posición sacerdotal, y catedrático de la Escuela de Bellas Artes y miembro de la comisión arquidiocesana de arte sagrado, por lo que toca con sus aficiones.

Porque García no ha olvidado, ni quiera Dios que los olvide, los tiempos en que ganaba medallas de oro en las exposiciones de pintura; es un experto dibujante, sea con el pincel, sea con la pluma. En la Academia de Historia, de la cual es miembro correspondiente, le hemos oído lecturas dignas de parangonarse con los cuadros de Torres Méndez. Y quien se tome la molestia de hojear *El Catolicismo* o la *Revista Eclesiástica*, no dejará de topar con algunas páginas del más genuino costumbrismo, escritas en ágil y castizo lenguaje, escapadas a la pluma de nuestro amigo cuando debajo de la sotana se le alborota el regocijado observador que siempre ha sido.

Su espíritu festivo, que se esconde tras de un adusto semblante, no obsta para que en el género de la oratoria sagrada se le considere hoy con justicia en primera fila. Para que el lector pueda apreciar esa fase de García, hemos reunido en este volumen algunos de sus mejores sermones, como el que dedicó a la Virgen del Carmen, el de *La Bordadita* del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, un panegírico de San Francisco de Sales, y su oración sobre el reino de Cristo; pero se nos antoja interesante presentarlo también por su triple aspecto de historiador, de literato y de artista, y así, hemos publicado las palabras que pronunció en nombre de la Municipalidad de Bogotá, en 1923, en memoria del fundador de la ciudad, D. Gonzalo Jiménez de Quesada, y las que por encargo de la Academia de Historia consagró en 1926 a los próceres de la independencia; como también su conferencia sobre arte sagrado y sus oraciones laudatorias de D. Ricardo Carrasquilla y de los fundadores del Colegio de la Enseñanza, esta última de lo mejor del Dr. García.

En el campo histórico tiene el Dr. García bellísimas evocaciones de los tiempos coloniales henchidos de leyenda, cuadros magníficos de aquellos turbulentos días de la independencia, e interesantes estudios sobre las costumbres de antaño. De este género recordamos su evocación de Fusca, residencia campestre donde pasó Bolívar la navidad de 1827; una lectura en la Academia de Historia, intitulada *Bogotá ahora medio siglo;* sus paseos históricos a través de la Basílica Primada, del palacio arzobispal de Bogotá, del convento de San Diego, de Cartagena y Santa Marta, de

las antigüedades bogotanas, diseminadas en iglesias y en palacios; como también la leyenda que intituló *La casa del Licenciado,* y las encantadoras páginas consagradas a revivir los aguinaldos viejos, las nochebuenas de otros días, las figuras de aquellos conquistadores que sosegaron en las Rocas de Suesca, adonde el Dr. García se trasladó acompañado del saladísimo costumbrista Fermín de Pimentel y Vargas y de las sombras de Jiménez de Quesada y de Fallon.

Aparte de todo esto tiene el Dr. García interesantes apuntes para el folklore y para las ciencias naturales en Colombia, numerosas traducciones, críticas de arte y de lenguaje, trozos de mera literatura, como el de las meditaciones que le han sugerido diversos trozos de mármol traídos de las canteras de Italia, y ensayos que lo acreditan de estudioso, como su *Síntesis de la historia universal* y la biografía del Hermano Luis Gonzaga, que Mesa Ortiz publicó en *Colombianos Ilustres.*

Letras, Santafé y Bogotá, Revista Moderna, El Gráfico, El Catolicismo, La Iglesia, El Boletín de Historia y Antigüedades, Senderos y, en general, todas las revistas bogotanas de los últimos veinte años, dan testimonio de la actividad intelectual y de la vastísima erudición de Juan Crisóstomo García, desde los áridos campos de la geología y de la botánica hasta la región iridiscente de la poesía. No resistimos a la tentación de reproducir aquí los dos sonetos que sirven de frontispicio al libro *Leyendas históricas de Santafé y Bogotá,* de que es autor Manuel José Forero y que dicen así:

¿Qué bulto en esta calle triste y sola,
cual fantasma los pasos acelera?
Es un galán que ronda por la acera
ya que no *hidalgo de espadín y gola.*

Es Monterillas o el doctor Urdiola,
tipos que en otros tiempos exhibiera
el Bogotá medroso, de chistera,
y «entre su capa envuelto a la española».

Como el fanal custodia las esquinas
con su luz persiguiendo al embozado
mientras las rejas y el blasón alumbra,

así tú las vejeces iluminas
cuando en las altas horas del pasado
alegras con visiones la penumbra

Nadie, entretanto, asoma tras la reja;
y al tañido de doce campanadas,
en la noche se extinguen las pisadas
con que a hurtadillas el rufián se aleja.

Todo en redor la sensación nos deja
de las cosas antiguas; de ignoradas
memorias que a tu libro fiel trasladas
olorosas a crónica y conseja.

Sin apagar de la linterna el brillo,
el aura en la ventana hurtó un perfume
y besó las heráldicas labores.

semejante al farol y al remusguillo
tu ingenio a cada página resume
fragancias y susurros y fulgores.

Como orador sagrado el Dr. García posee la elocuencia de la sobriedad y la nitidez de los conceptos. Apartándose de la rutina, aun cuando en todos sus sermones se siente al sacerdote de Cristo, sabe poner algunas notas de modernidad o algún ornamento literario, de manera que temas que han sido tan trajinados se ofrezcan al oyente como nuevos. Así, en su sermón de la Virgen del Carmen hace pie en la ley de los contrastes, para demostrar la perfección de María; y su oración sobre el reino de Cristo, cautivará a quienquiera que la lea, por apartado que se halle de las doctrinas cristianas, porque el Dr. García logró darle una presentación literaria que difícilmente podrán superar los mejores discursos académicos. Mas donde mejor se aprecian sus grandes cualidades de escritor es en la página consagrada a honrar la memoria de Jiménez de Quesada cuando sus restos fueron trasladados de la Catedral al Cementerio.

SELECCION ORATORIA

de

JUAN CRISOSTOMO GARCIA

Pbro.

EN MEMORIA DE QUESADA

Oración pronunciada en nombre de la municipalidad de Bogotá.

Respetable auditorio:

El concejo urbano y la sociedad de embellecimiento, a cuyo cargo está elegir los lugares más adecuados para nuestros monumentos públicos, han comprendido la necesidad que había de trasladar aquí los despojos de Quesada, mientras no se les erija un digno mausoleo en la basílica metropolitana, donde siempre debieron permanecer, a igual del cuerpo de Pizarro en la catedral de Lima. Con ocasión de este acto piadoso y solemne se ha pensado también que el elogio póstumo expresado por un sacerdote, si puede no estar a la altura del encargo, tampoco sonará con acento profano en esta mansión del silencio.

• • •

La memoria del mariscal Gonzalo, como la de su compatriota el Gran Capitán de Córdoba, no se amortigua con la ausencia de cuatro siglos. Es de aquellas que van aumentando en respeto, admiración y cariño, sobre todo pa-

ra los hijos de la ciudad que coronó su majestad don Carlos, y alabó por muy leal y noble Felipe II. Tratándose de nuestro fundador, la lejanía de los tiempos se anula. El personaje se acerca a nosotros más que algunos nombres efímeros de ayer; y a medida que Santafé desaparece, revive la atención que excita una figura ligada siempre a la historia de Bogotá, de Colombia, de América toda. Así en las ruinas subsiste el pilar de algún santuario, centinela inconmovible que párte con su altura el horizonte para orientar al extraviado y confiar al investigador el secreto de las reliquias acumuladas en torno suyo.

Suerte adversa de algunos hombres ilustres ha sido que se ignore su tumba. Los manes de muchos otros vagan cual fantasmas del mito celta, de sepulcro en sepulcro. Semejantes a los penates de Anquises, van sus huesos peregrinando a merced de un raro sino, que tarda en hallarles el puesto final de su reposo. Diríase que la tierra donde trajinaron tánto en vida se acostumbró a sus andanzas, y soltando por un momento la presa sin dejar que acabe de recoger los pasos, prolonga la ilusión de su existencia errabunda más allá de la muerte.

Los restos del conquistador, traídos de Mariquita en 1597, quedaron poco tiempo depositados en La Veracruz antigua, que ha venido a ser panteón de los próceres. De allí les condujo al templo mayor un regio séquito que encabezaban tropas de honor en obsequio al que fue su capitán general, «y habiéndole abatido banderas» — cuenta Ocáriz — las tendieron sobre el cofre mortuorio, y cerca del altar, encima de la fosa, «colgaron el estandarte de la

conquista, llevado en el entierro». Casi trescientos años corrieron hasta el día en que las cenizas fueron sacadas de la cripta con destino al paraje designado por la comisión municipal.

Reclamaban algo mejor los merecimientos de quien emuló con sus empresas las de Méjico y el Perú; a quien no ya Herrera o Castellanos sino Pérez de Guzmán, habría exaltado en sus *Loores de los claros varones de España*, cantándolo a par de Rodrigo el Batallador. Hoy mismo en apartadas zonas la prestancia del adelantado, la magnitud de sus hechos, se imponen a espíritus de otra raza, como Fielding Provost y Graham, que le rinden la pleitesía del entusiasmo ponderando en él un ejemplar de energía incontrastable.

Recordad aquella apopeya de titanes que tuvo por preludio los embates del Caribe, en las costas de Santa Marta; por teatro centenares de leguas exploradas palmo a palmo en servicio de Dios y del rey; por homéricas jornadas tres años de peligros y bregas sin cuento en medio de una naturaleza más hostil que para los argonautas era el dragón de Colcos, guardián del áureo vellocino: aventura cuyo desenlace fue el conocimiento de estas regiones, ganadas para el cetro hispano, para la expansión del mundo, para el reinado inmortal y amoroso de Cristo.

Volved a imaginar la actitud marcial del jefe al tomar posesión del terreno sobre su corcel, acero en mano, desafiando a sus huestes entre un bosque de picas, y ofreciendo un cuadro digno del pincel que figuró la rendición de Breda.

Mas el caudillo no saboreó mucho las dulzuras del éxito. Postergado en la corte imperial, como lo estuvo Hernán Cortés, acusado ante el consejo de Indias, mandado apresar por la reina loca, suplantado por el intrigante Lugo, después de recorrer los Países Bajos, Francia, Italia y Portugal, sólo muy tarde obtuvo de Carlos V un título honorífico, una renta de ducados para pagar sus deudas, y por blasón un león de oro empuñando espada «en memoria —decía el césar flamenco— del ánimo y esfuerzo que tuvisteis en subir con tanto trabajo el río y descubrir y ganar el reino».

En adelante su carrera militar y política toma bríos en las vicisitudes. En la nueva patria granadina fue alcalde y consejero perpetuo de los regidores, amparo de los infelices y protector de la ciudad. Tal se vio cuando oponiéndose a los desafueros de Montaño, le confinó éste a veinte millas de distancia, cuando todos volvieron a él sus ojos temiendo la aparición del tirano Aguirre, cuando aplacó las asonadas contra Díaz Venero y el visitador Villafañe. Corazón indomable aquel que ya septuagenario renovó la trágica expedición al Dorado, más arriesgada que la travesía del Opón. Si de ella regresó maltrecho y pobre, fue para dedicarse a concluir en los solaces de Suesca y en su asilo postrero los libros de sus hazañas. Nada tuvo qué envidiar a César en las Galias el adalid a quien, según Piedrahita, «privilegió la naturaleza para que acertase a escribir con templanza lo que primero obraba con valentía».

Al hacer el recuento de timbres antiguos, quién supiera realzar en fondo de oro viejo con moderno entalle el as-

pecto del héroe. Al esbozar sus rasgos, quién pudiera perseguir línea tras línea los juegos múltiples de aquel añejo estilo suyo, mejor aguzado en honor de la hidalguía y más gallardamente puesto al servicio del Emperador, que lo estuvieron en Flandes las partesanas de los tercios, y en el nuevo mundo las alabardas de sus infantes.

Y el anciano medio inválido, que jamás se abatió con el infortunio ni dejó de dar gracias a Dios en la prosperidad, todavía cobró alientos para someter en vísperas de su muerte doce tribus coligadas, para establecer a Santa Agueda y enviar al monarca un mensaje importantísimo sobre el buen gobierno de la colonia.

Si queréis saber más de esa alma gentil, los cronistas os advertirán que mostró en toda ocasión largueza y desprendimiento; que el licenciado era cristiano viejo a la española, devotísimo, por tanto, de la excelsa madre de Dios, en cuyo culto invirtió parte de sus haberes; os dirán que fue un gran señor, magnífico en su porte, hombre honrado y muy hábil; que los letrados no le perdonaron que hubiera cambiado la toga del abogado por la capa y la espada del conquistador. Ignoraban ellos que, al decir de Cervantes, «no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios a los campos de la guerra». Olvidaban que justamente Fernández de Lugo le había elegido porque vio reunidas en él las mejores dotes de entendimiento y voluntad para acometer la campaña que llevó a cabo: ingenio y mente culta que corrieran parejas con la abnegación y bizarría; sangre andaluza, bullidora y generosa como el jugo de las vides malagueñas. Así el experto en le-

tras y leyes hubo de ser no menos diestro en las armas; y el descubridor del suelo adentro, fue además su primer historiador. No obstante, de sus mejores manuscritos apenas se conservan trozos alterados y dispersos en obras de segunda mano, en las que plumas ajenas se apropiaron las páginas donde la tinta iba mezclada con el sudor de trabajos inauditos.

Quesada fue más probado en desdichas que mimado de la fortuna. Sus escritos se perdieron, y muchos de sus empeños fracasaron. Cual si le persiguiera la sombra vengadora del zipa, dejó un valle de alcázares para encontrar en Neiva el valle de las tristezas, y al fin vio afligida su vejez con llaga incurable, para cuyo alivio en vano fue a buscar una fuente en las asperezas de Limba, como Ponce de León la de Juvencio. Dios así le desapegó del mundo para que ambicionara más arriba el tesoro de todos los bienes; y por esto al morir no quiso que en la losa se inscribiera su nombre codicioso de fama, sino la frase que dictó el desengaño transfigurado en heraldo de las esperanzas supremas: «Aguardo la resurrección de los muertos».

¿No véis en toda esta historia un presentimiento de Quijano el Bueno, que cinco lustros después la magia de otro hidalgo haría surgir del polvo manchego? ¿Entre relámpagos de esplendor épico y ráfagas impregnadas de aroma caballeresco, no percibís un ruido de armaduras melladas y mosquetes, un galopar de bridones campeadores que se aleja y desvanece bajo la selva encantada cuyos arcanos penetraba don Gonzalo perdido en las soledades del Caque-

tá, durante aquellos mismos días en que una diestra invicta desgajaba los laurosde Lepanto?

¡Alma varonil de Jiménez de Quesada, espejo de tu nación, representante de sus extinguidas grandezas! ¡Progenitor espiritual que difundiste tu genio en vástagos de cepas raizales! Si resucitaras, no pasarías revista en este sitio a Olalla, Fonte, Rendón y demás partícipes de tus proezas, pero te hallarías rodeado de hombres que heredaron en una u otra forma las prendas de tu raza; adivinarías quiénes te acompañan desde tantos sarcófagos ya denegridos por huellas de noche eterna, ya lúgubremente matizados con pálidos verdores de antigüedad. Allí Domingo Caycedo, descendiente de seis compañeros expedicionarios; allí los Parises, Ortegas y Neiras, a quienes reconocerías por hermanos o hijos adoptivos tuyos, y doquiera otros legistas y escritores, guerreros y magistrados, amantes que fueron como tú del deber y del derecho, entre los cuales te sentirías en familia, no en tierra extraña ni relegado al olvido de la posteridad.

* * *

De esta manera una ceremonia fúnebre se convierte en motivo de placenteras emociones, despertadas al recuerdo del fundador: *hanc diem moeroris et luctus, eis vertit in gaudium*. Desde luego el sentimiento de la gratitud a quien para Bogotá escogió con esmero el lugar más repuesto y deleitable, vigiló sus comienzos, y por treinta años impulsó el desarrollo de la vida ciudadana. El miró levantarse las primeras iglesias y casas reales; él disfrutó el espectáculo de estas tierras y llanos, simulacro de la vega de

Granada, en donde los reyes católicos erigieron a Santafé para testificar el vencimiento del Islam, así como la nuéstra significó el triunfo de la cruz sobre la idolatría y la barbarie. Cuando Quesada se apartó de su seno llevó su imagen impresa en lo más íntimo, y al expirar en retiro lejano le consagró los últimos afectos y pensamientos. Ya de esa vivienda que en Mariquita albergó su ancianidad y despidió su cadáver, la maleza va ocultando los escombros. De su dueño nos queda por presea una cota de malla y este túmulo, que a manera de cátedra nos está dictando la enseñanza del valor jamás rendido a los obstáculos. Aquel hombre que en el campamento de la Tora devolvió la flotilla para impedir el regreso, y dijo a su ejército acobardado: «Tengo por gloriosa la muerte en la demanda antes que la vida con deshonra», dejó una lección que más tarde recogieron los mártires de la independencia, y que nosotros, beneficiarios del opulento patrimonio moral que en tales palabras se encierra, debemos transmitir a los creadores de la patria futura.

No importa, pues, que el batidor de las cumbres andinas, para quien fueron cortas ochocientas leguas de territorio salvaje, se haya reducido a la pequeñez de una caja funeraria. No importa si el valiente que amó el fragor de los arcabuces ha sentado sus reales en este santo campo del recogimiento, al abrigo de estas frondas murmurantes que en suspiro misterioso parecen comunicarse los enigmas de ultratumba. En fragmentos yace helado el cráneo que sostuvo la cimera del paladín bajo soles de tórrida inclemencia; mas el andante caballero habita ya la morada perdurable;

el fiel vasallo goza la privanza del Señor de los cielos. La víctima del mal de Job expió sus culpas, y contempla, como el patriarca, la luz después de las tinieblas, en tanto que los restos han venido a buscar otra vez la cercanía de las aras donde se ofrenda la misma oblación que santificó el asiento de la ciudad. En alto de esa capilla la señal redentora les promete un despertar de vida interminable. Ella presenció el ocaso del dominio español, y es la única insignia que se alza victoriosa, mientras en rededor cambian gobiernos y costumbres, y aun se va transformando el idioma que hablaron nuestros abuelos en otra edad de hierro.

La Iglesia, que bendice como madre las cunas y sepulturas, repite ahora un adiós al espíritu ausente, vuelve a implorar el descanso del que sufrió tantas fatigas, paz al que luchó sin tregua, claridad perpetua al que ansió el brillo de la gloria; y con voz que no engaña le asegura el hallazgo de riquezas infinitas en otro reino superior, cuya conquista eclipsa para él todos los Dorados fabulosos de sus anhelos.

1923.

HOMENAJE A LOS FUNDADORES DEL COLEGIO DE LA ENSEÑANZA

Venerables sacerdotes, distinguidas damas, señores académicos de la historia:

Pasa de siglo y medio la fecha en que aquí se colocaba la piedra fundamental de una obra benéfica, emprendida por doña Clemencia de Caycedo y su esposo don Joaquín de Aróstegui, oidor decano de la audiencia. Esa solemnidad del 12 de octubre de 1770 regocijó por un instante la monotonía de esta ciudad y corte del virreinato. Los esquilones del antiguo San Felipe y las campanas de la *torre mayor* golpearon los aires con el vuelo de sus clamores para festejar a porfía la procesión que saliendo de aquella iglesia pronto desaparecida, doblaba la esquina inmediata y acercábase al sitio donde los escombros de un caserón derribado dejaban al descubierto el área del futuro edificio, encomendado al patrocinio de la Virgen zaragozana.

Tras la cruz alta prevalecía sobre las garnachas negras de los golillas y los paramentos sagrados, el uniforme azul

y grana de los alabarderos; y el sol matinal hacía relumbrar las hojas toledanas al hombro de los guardias de caballería que escoltaban las andas de Nuestra Señora del Pilar, precedidas por los consortes fundadores. El regente vino a poner el estandarte de la Virgen al pie de un dosel fastuosamente aderezado, y el señor deán con su cabildo, procedió a la ceremonia. Un cofre con monedas y el acta de fundación fue depositado bajo el sillar. La bendición divina, impartida por mano del sacerdote, bajó sobre los cimientos del primer colegio de niñas que en el país se establecía; y el agua ritual cayó como rocío del cielo en presagio de los muchos bienes que el plantel habría de producir durante largo tiempo.

Trece años después (hace hoy ciento cuarenta), era una pompa fúnebre la que exhumaba y traía de Santo Domingo al recién acabado templo de la Enseñanza los restos del oidor y de su esposa. Ya el colegio, a cargo de monjas, prolongaba por el oeste y norte las blancas arquerías de su claustro, levantado con el producto de unas minas destinadas al costo de la institución. El oro de nuestras montañas no fue por esta vez a colmar las arcas reales sino a enriquecer en virtud y conocimientos a las primeras alumnas, entre las cuales se contaba lo más granado de la sociedad. Eran las hijas del marqués de San Jorge, con otras que honraban los apellidos de Ayala y Vergara, Manrique Santamaría, Nariño y García del Castillo, Ricaurte, Ley, Morales, Urquinaona, y catorce jóvenes más, cuyos descendientes sois acaso muchos de los que ahora ocupáis este recinto.

Por dos largas centurias, y casi en vísperas de la emancipación, nuestra juventud femenina languidecía como rosa de invernáculo en la ociosa reclusión de las celosías familiares, y en la completa ignorancia que recomendaba tánto el padre inquisidor Arbiol, contra lo que enseñaron los Luises, Vives y Diego de Cádiz. Ninguna joven sabía leer ni escribir. Pero si la instrucción de la mujer fue así desatendida por el Estado en las Américas y en España la caridad individual a duras penas remedió la falta, presto iban a cambiar los tiempos. El resurgimiento de cultura que promovió Carlos III y culminó en el Nuevo Reino con la expedición botánica, no tuvo sólo aspecto oficial y científico, sino que se insinuó en las familias, inspiró a una dama las reuniones literarais del *Buen Gusto*, y a otra más generosa y linajuda, la fundación que hizo en favor de su sexo, emulando el honor que mereció en Madrid la reina Bárbara de Braganza, y en Sevilla doña María Aguilar o sor Inés Moreno.

Y fue así como en la nueva casa, favorecida con las dádivas del prelado virrey y de Martínez Compañón, germinó la educación de la mujer colombiana. Lo que floreció en la colonia fructificó en otros institutos de la república. De aquí salieron esas doncellas patricias que dieron prez al hogar paterno, y del conyugal formaron un santuario de virtudes domésticas; aquellas madres que templaron corazones de mártires para la libertad, de vencedores y estadistas para la Gran Colombia.

En más de una ocasión los triunfos de los próceres hicieron aquí voltear alegremente los bronces de la espadaña

conventual, semejando incensarios de tañidos. Pero ni las dianas victoriosas, ni los terremotos, ni el bullicio de los saraos que calle de por medio se dieron en obsequio de Bolívar, ni las luchas civiles, la exclaustración o el tráfago de la población moderna pudieron turbar el último sueño de los esposos ilustres que cerca del altar habían sido sepultados. Hasta el silencio sepulcral sólo habían llegado con rumor de arrullo las preces monásticas del coro y los cantos de la inocencia, como un eco de la salmodia de los ángeles. Aróstegui descansaba al lado del Evangelio, cual convenía al gentilhombre que en vida y muerte no se apartó un ápice de la ley cristiana. La señora Caycedo le acompañaba al costado de la epístola, no lejos del Sagrario, cuya lámpara recordaba la antorcha de la matrona bíblica, de quien el sabio dijo: *non extinguetur in nocte lucerna ejus*: elogio de la mujer fuerte que plantó su viña en un campo adquirido con solicitud; que por discreta y clemente fue digna de un varón noble entre los magistrados de su nación; que expiró con la sonrisa en los labios, y ganó alabanza por sus obras. De tales obras, comunes a entrambos benefactores, hablaban sendas inscripciones sobre las losas que cubrieron sus despojos. A punto de borrarse, íbase perdiendo con ellas la buena memoria de sus dueños, si el rector de esta iglesia no se hubiera propuesto sacarlas del olvido: perpetuar ante los ojos reverentes lo que sin reparo las plantas profanaban, levantar al amparo de la mampostería lo que yacía abatido por los suelos, conservar las postreras y más caras reliquias de lo que ya no existe, habiéndose destruído los claustros primitivos para ceder lu-

gar a una construcción civil. Dentro del muro en que ésta se apoya, medianero entre la casa de Dios y el palacio de justicia, los restos deben permanecer en prenda de mutua protección, custodiados por sus blasones y estelas funerarias. Como fieles guardianes del vestíbulo, aquellas piedras venerables impedirán que el nuevo palacio, desmintiendo su nombre, amenace la existencia del templo—según se proyectó hace poco—so pretexto de aumentar las oficinas. Aunque de modesta arquitectura, la vetusta fábrica que restauró Petrés, y está actualmente consagrada a San Vicente de Paúl, debe subsistir por los servicios que presta y por ser monumento histórico que guarda lo que Rodenbach llamaría «catolicismo trasfundido en la piedra», a igual de otras cuantas iglesias que son osarios de nuestros antepasados. Entre sus capellanes figura antes de todos Caycedo y Flórez, sobrino de la fundadora, y primer arzobispo republicano; más tarde el doctor Escobar, quien completó los correctos altares de la nave; Carlos Umaña, que al decorarla dejó impresa una marca de su espíritu señoril, lleno de bondad y de armonías; por último, el joven eclesiástico que para honra de Dios e interpretando la frase evangélica, *Colligite quae supersunt fragmenta ne pereant*, acaba de darnos una prueba más de su buen sentido estético, patriótico y religioso.

En verdad, el acto que habéis concurrido a solemnizar tiene ese vario carácter; porque la religión, el arte y el civismo, son tres cultos que no pueden divorciarse jamás. Los epitafios, resguardando las urnas mortuorias, quedarán allí como un ornato, como un documento precioso, como lección perdurable. En vez de bustos o mausoleos serán el me-

jor monumento erigido a dos insignes bienhechores públicos. Su aspecto hace pensar en la placa de bronce que contenía los honores decretados por el senado romano a Numia Valeria, benemérita de la patria; y su tono mismo roqueño, oscurecido por la vejez, finge el color de los pergaminos que atestiguan la nobleza de una vieja estirpe donde aparecen caballeros de Santiago y Calatrava, condes, marqueses y duques del Infantado, por línea que en Castilla remonta al trono de doña Urraca, y llegando al Nuevo Mundo con el capitán Mendoza, traza en los bosques de la Florida los límites de la primera colonia española en Norteamérica, mientras acá en el sur señala con la punta de la tizona el camino de conquistas famosas, y deja en Santafé vestigios brillantes en el gobierno y la milicia.

Aquellas laudas que trabajó el cincel, junto con el escudo nobiliario que en sus cuarteles ostenta los lises de una arraigada devoción mariana, y en su orla registra muchas victorias castellanas sobre los moros, vendrán a ser para nosotros lo que en el *Bargello* del Podestá de Florencia representan sobre la muralla las armas esculpidas de los gonfaloneros, o en la capilla del Condestable de Burgos las insignias heráldicas de Haro y doña Mencia, testimonios gloriosos del pasado de la ciudad.

Ha dicho Le Bon que las almas de los vivos están hechas del pensamiento de los muertos. El tributo de gratitud y desagravio que ahora pagamos a dos muertos olvidados, semejante al que la nación ofrendó a Gual o a Padilla, es más que una conmemoración: es el homenaje rendido a una idea, y mayormente a un ejemplo que sobrevive a los hue-

sos y cenizas mencionados en la lápida inferior de mármol, cuya blancura y rojos caracteres imitan los antiguos epígrafes cristianos. *Ossa et cineres*, cenizas no de piras paganas sino de un holocausto silencioso en aras del amor al prójimo. Cenizas que alegorizaron el fuego de una purificación ultraterrena, y que frente por frente del tabernáculo aguardan las promesas de Cristo, reposando en la esperanza de la feliz resurrección, de la aurora de un gozo inextinguible que disipe algún día las tinieblas y el frío de la muerte, y estremezca los huesos humillados.

Justo es, entretanto, llevar un poco de calor del alma a ese polvo yerto; penetrar con el piadoso recuerdo esas sombras, y elevar finalmente el sufragio de nuestra plegaria, que haga descender hasta ellas un lampo de la luz eterna.

1923.

ELOGIO FUNEBRE

leído en el templo de La Veracruz, en honor de los próceres de la independencia (1).

Mementote operum patrum quae fecerunt in generationibus suis.
Acordaos de lo que en su tiempo hicieron vuestros antepasados.
I, Mach. II, 51.

Acatando la decisión que me señala hoy este puesto de honor inmerecido, he de ocuparlo con el respeto que impone la majestad real y divina de Jesucristo aquí presente, la dignidad de la cátedra del Evangelio, y el decoro de la nación, que desea enaltecer sus fastos clásicos.

Habéis querido solemnizar una costumbre consagrada

---

(1) *Ascendientes del orador fueron los próceres Manuel Ortiz (comunero). Miguel Gómez, Andrés Rosillo, Julián Carreño y otros.*

el año tercero de la independencia bajo el gobierno de Nariño, en vísperas de la nueva expedición al sur, poco después de haber Cundinamarca proclamado su separación absoluta de España. El entusiasmo juntamente piadoso y cívico de los patriotas halló expresión a su idealismo en el nombre de una virgen y mártir lusitana, a quien la Iglesia conmemora en la propia fecha del aniversario nacional. La hija del pretor Lucio Catelio, heroína de la fe en el siglo II de nuestra redención, llegó a ser símbolo de la república naciente, librada de la servidumbre a costa de las mayores pruebas que valerosamente prefirió desafiar o padecer. De este modo la efigie tutelar, como reuniendo las atribuciones que Genoveva y Juana de Arco tuvieron para los hijos de Lutecia y los defensores de Orléans, fue triunfalmente llevada por la vía pública en testimonio de la invicta constancia que pronto había de asombrar en los campos de batalla, o de brillar en el fondo de las prisiones, o de culminar en lo alto del patíbulo. Quién hubiera sospechado entonces que la procesión de la mártir simbólica preludiaba lúgubres desfiles que tres meses más tarde en Cúcuta, y en la capital durante las hecatombes del Terror, y en el Socorro diez días antes de Boyacá, condujeron hasta el suplicio a Mercedes Abrego, a la Pola y a Antonia Santos, quienes por su varonil entereza deslumbran en la constelación de nuestros héroes.

Dentro de los pechos americanos, el fuego sacro no se apagó con la muerte de sus vestales bajo el embate de la persecución. Así como el tormento de los primeros confesores del cristianismo hizo germinar más y más fieles en todo

lo vasto del imperio romano, las víctimas de Morillo, Lizón y Sámano excitaron la virtud magnánima de nuestros padres hasta el momento de la victoria final. Fue en tales tiempos aciagos cuando nuestro panteón dio asilo postrero a muchos caros despojos. El campanario de la antigua Veracruz, que en la noche del 20 de julio dejó de anunciar la queda para lanzar toques de rebato llamando a cabildo abierto, y que años adelante acompañó con sus repiques la ovación de Santa Librada, resonaba ya sin interrupción plañendo a los que, traídos de la horca o el cadalso, venían a ser inhumados en diversos sitios del recinto: allí el sabio payanés, tan inocente como preclaro; en esa capilla de los Dolores, Villavicencio; bajo el piso de la nave mayor, García Rovira; más allá, Baraya, celebrado por el estro apolíneo de Bello; Lozano, de nobleza superior a sus blasones; Gutiérrez, digno hijo del patriarca de Santafé; Montalvo, el poeta, y los otros a quienes pudieran rendirse las alabanzas del cántico regio: «Amables y famosos mientras vivieron, más audaces que las águilas, más fuertes que los leones, permanecieron unidos en la muerte». (II. Reg. I,23.)

A todos ellos estáis ofreciendo vuestra veneración y gratitud con un acto en que por igual se ostentan el espíritu cristiano y el republicano. La religión y el culto patriótico, inseparables por naturaleza, vense ahora hermanados tan estrechamente como en los comienzos de la guerra magna, para exaltar a los próceres, a los creadores de Colombia. No de ligero aplico ambos calificativos. Prócer significa «excelso»: personaje de aventajada estatura moral con que descuella sobre el nivel de los conciudadanos. Creador, sugiere

algo de trascendencia, que en nuestros antecesores va asociado al martirio. Jamás el hombre se acerca tánto a la Divinidad como cuando crea o se sacrifica. Crea el descubridor de una verdad científica, el autor de una obra maestra o de un invento, el que transmite a un hijo la existencia, el que funda una institución social. Mucho más ejecutaron los antepasados: nos dieron una patria, obra que en cualquier tiempo en que se realice, añade a la faz del mundo un rasgo de hermosura, y hace cambiar de dirección alguna de las corrientes históricas de la humanidad.

Una empresa de tamaño alcance, exige a quien la acometa, sobreponerse a sí mismo: vencer los instintos egoístas, arraigados tan hondamente en el corazón humano. Los próceres llevaron su desinterés hasta el grado máximo, hasta la abnegación suprema, cuyo modelo por excelencia no lo hemos de buscar en los anales de Grecia o de Roma, sino en Cristo Redentor, que dio principio a su pasión, diciendo: «Nadie tiene más grande amor que quien entrega el alma por salvar a sus amigos». (Joa., XV, 13.) Así lo hicieron nuestros campeones ínclitos, y ante ese ejemplo suyo cómo palidece todo brillo que posteriormente hayamos adquirido. Cuántas veces, al observar las sombras que desfiguran el cuadro de nuestra época, y al mirar las que se ciernen sobre el horizonte del futuro, nos asalta el pensamiento de haber decaído, sentimos flaquear el ánimo, y necesitamos dirigir la vista hacia un pasado en donde todo son esplendores, a fin de robustecer el orgullo de ser colombianos. Tuvimos por señal de partida una gesta de gigantes, que sobrepuja las hazañas homéricas. A tánta grandeza de origen

han debido corresponder los resultados próximos y remotos. Si actualmente no los palpamos en su completo desarrollo, aspiremos a que mañana otros merezcan ese favor de la Providencia, que dispone la suerte de las naciones.

Constan ellas de cuerpo y espíritu, y éste último es el que primordialmente heredámos de los libertadores. Porque el concepto de nacionalidad no tanto implica las condiciones geográficas del territorio, cuanto el carácter colectivo de sus habitantes. El alma nacional son las creencias, usanzas y tradiciones que sobreviven a lo pretérito; son los ideales traducidos en hechos que abarcan el presente y el porvenir: hé ahí el patrimonio que nuestros abuelos acrecentaron inmolándose, perdiendo la vida individual por darnos esa vida civil y política que llamamos libertad, fruto del derecho, el cual a su turno es flor de la justicia, como lo advertía, el año 13, el magistral Rosillo, mostrando que la libertad se distingue del libertinaje, pues cuando se opone a la razón que la modera, cuando viola el derecho ajeno, se destruye a sí misma. Es preciso recordar a la generación actual que los repúblicos de 1810 no fueron insurrectos contra ninguna autoridad legítima, siendo así que careció de títulos para ejercerla en América el consejo de Cádiz, ni los tuvo después el rey Fernando. De manera que el primer vagido que exhaló la patria fue un grito de justificación, reclamo de todo un continente, repetido por espacio de cinco lustros en el fragor de mil combates, desde el encuentro del Bajo Palacé, en 1811, hasta la toma del Callao en 1826. El trueno de San Mateo fue sólo una nota en ese concierto de glorias.

. Nuestros mártires bien merecieron serlo de tan grandiosa causa. Por tanto, al cerrar para siempre los ojos, que no habían de ver el sol de Boyacá, resplandeció ante su mente el sol divino de justicia: con hambre y sed de ésta sufrieron; y sabemos que Dios, guardador de sus promesas, los ha saciado eternamente.

¿Qué podré, pues, agregar en elogio suyo, si el fallo del Sumo Juez precedió a la apoteosis terrena; si para ellos la oración fúnebre ya está pronunciada por la historia con acentos que al través de una larga centuria se han prolongado unísonos en la palabra sagrada y tribunicia, en el laúd y la trompa épica? La oración hase transformado en acordes del himno patrio, en conjuro mágico que ha hecho dondequiera surgir heroicamente animados los mármoles y bronces; o convertida en desagravio ha sido el tributo reciente que el pundonor castellano ofrendó a Colombia en la imagen de Caldas, ratificando los juicios que para satisfacción nuéstra un día estamparon las plumas de Castelar, Menéndez Pelayo y Cánovas del Castillo.

La ceremonia de estas honras funerales dedícase también a cuantos perecieron muy lejos, en la oscuridad de los presidios, o como el tribuno que prófugo y abandonado encontró mísera tumba en las selvas del Andaquí, o como aquellos más venturosos que fecundaron con el raudal de sus venas y cubrieron con sus laureles y sus huesos la extensión de la tierra colombiana. La visión de Ezequiel se repite a la luz de los recuerdos; y aquel mismo Señor que dictó al profeta palabras de vida sobre la llanura sembrada de osamentas, vuelve a prometernos en esta hora la reparación

de los que sucumbieron confiados en el que premia con inmortalidad la esperanza. «Hoy habitaremos en la mansión del cielo», dijo el conde de Casa Valencia a Camilo Torres antes de morir. «Y gozaremos en unión de los ángeles», respondió su compañero. Ellos y los demás, varones profundamente religiosos hasta el postrer instante, confesaron a Cristo, que ha dicho: «Si alguno en mí creyere, aunque haya muerto vivirá sin término, y yo le despertaré en el último día».

Prenda del cumplimiento de ese anuncio es el augusto rito que celebramos en este santuario, sepulcro de los que nos legaron su memoria como fulgor que alumbra nuestro camino. El suelo del templo quedó impregnado de su sangre; los altares están cimentados sobre sus reliquias. Otra vez bendecirá su sacrificio el holocausto del Calvario, no figurado ya en los crucifijos que les consolaron agonizantes, sino renovado en la Hostia sin mancha y el cáliz de propiciación, ofrecidos para adorar al dueño de la vida y de la muerte; para dar gracias al libertador de las almas, al conductor de los pueblos, al inspirador de las acciones sublimes; para expiar los públicos yerros e impetrar la paz. Paz a nosotros en el orden bajo el dominio de la ley cristiana; descanso a los muertos en el goce de la verdad, la belleza y la bondad infinitas; en la posesión plena de la gloria de Dios, cuyo reino perdura más allá de los siglos.

1926.

ORACION LAUDATORIA

dicha en la catedral de Bogotá, con ocasión del centenario de don Ricardo Carrasquilla.

Excelentísimo señor presidente de la república, ilustrísimo señor, señores:

A orillas del camino que conducía de Atenas al Pireo, sobre el cenotafio erigido al trágico de Salamina, un epígrafe empezaba con estas palabras: «La gloria de Eurípides tiene por monumento a toda la Grecia».

Desde el santuario de la verdad en donde ahora os habla un sacerdote ante Dios, quien no juzga por las apariencias, y a la faz de la nación dignamente aquí representada, sea permitido afirmar que algo semejante a ese antiguo elogio lapidario, justificado por el afecto patrio y la piadosa gratitud, puede aplicarse al clarísimo hijo de Colombia cuyo centenario festejamos: pues sin haber sido estadista, ni guerrero, ni jefe de un partido, ni un genio de las ciencias o del arte, ejerció por medio siglo vasta influencia en sus contemporáneos, haciéndose estimar de ellos con tal predilección que desafía el olvido.

Un admirador de Ricardo Carrasquilla terminaba su

necrología preguntando: «¿Qué opinión habrá de formular delante del sepulcro de aquel hombre la posteridad? ¿Murió con títulos para que le llamemos grande?» Después de cuarenta años responde a esta pregunta el concurso que está rindiendo honores extraordinarios al que no desmintió su alcurnia procera; a quien tuvo como instructor de su mocedad al arzobispo mártir; como discípulos y amigos a los más insignes personajes de dos generaciones: por hijo a un rival de Cristóbal de Torres; por cantor elegíaco a Pombo; a Caro y al sabio de Cantabria por jueces de sus escritos, y al inspirado Ortiz y a Samper, el hidalgo convertido, por biógrafos que emularon con sus plumas las pinceladas de Garay en el trazo de su imagen.

Si en otro lugar me dirigiera a un auditorio académico, mucho tendría que decir del prosador costumbrista y miembro del Mosaico, del poeta que prodigó el ingénito donaire andaluz en coplas y letrillas bretonianas, cuando no hacía vibrar en su plectro las notas del epinicio, o le daba entonaciones de arpa bíblica. Tampoco me es posible detenerme en un estudio que nos lo revelara en privado, con sus expansiones íntimas, rasgos que en cada individuo son —como la trama posterior de un tapiz— oculto e imperfecto bosquejo del dibujo que por delante se ofrece a las miradas. Los muertos de antaño remedan los esplendorosos viajeros del firmamento, que después de haber lucido, y ausentándose en lo profundo, reaparecen con no menguada brillantez; mas la irradiación de esos astros remotos no deja ver los contornos precisos, patentes sólo al telescopio, ya que la distancia desfigura los objetos contemplados

De todos modos, en el recinto austero del templo, compete mejor el encomio del educador y del apologista, benemérito por igual de la Iglesia y la república. Formó para la una creyentes, a la otra le dio leales ciudadanos, y a entrambas consagró sus acrisolados talentos y energías, como si el oro acendrado en la comarca donde nació, y el ardor de su clima, se hubiesen trasfundido en su sér, junto con la sangre noble y heroica, única riqueza que heredó de sus padres.

* * *

Al repetir de él que fue hondamente religioso, quiero significar que profesó una fe ilustrada y varonil: ilustrada, porque no confundía los dogmas con las libres opiniones teológicas, ni los preceptos con algunas prácticas superfluas; fe varonil, porque no consideraba la religión como simple *formalidad de un culto externo*, sino como disciplina interior que gobierna lo más secreto de la conciencia, y de ahí pasa a informar enteramente la conducta, ya en los deberes domésticos, ya en las relaciones amistosas, ya en el desempeño de los encargos oficiales. No era, pues, Carrasquilla de los que tienen mucho a Dios en los labios pero lejos del corazón.

Una religiosidad así entendida moldeó su carácter integérrimo, lo hizo servir al Señor humilde y alegremente, dio agrado singular a su conversación, fue alma de su alma, y constituye para nosotros su distintivo personal.

Tenía por máxima que «para hacer bien al prójimo es preciso amarlo, y no se puede amar a todos los hombres sino por amor de Dios» Este amor urgió la solicitud fra-

terna del socio de San Vicente, e inflamó en celo al propagandista y defensor del catolicismo.

Su elocuencia prefirió el sentimiento por móvil principal que suele conducir a las convicciones; y de esta manera, según testimonio de cuantos le escucharon, ejercitó él un sacerdocio, un régimen de conciencias no menos persuasivo que si hubiese recibido la unción sacerdotal. No deploremos demasiado que apenas cortas muestras se conserven de aquella oratoria enardecida que devolvió al redil a no pocas almas selectas. Raras frases igualmente constan de los tribunos primitivos del *Comitium*, y no por eso ignoramos que ellos asentaron la preponderancia del pueblo latino.

El propugnador católico empleó las armas que antes de él manejaron De Maistre y el vizconde de Bonald, Augusto Nicolás y Balmes, en la primera mitad del siglo XIX. Me refiero a las armas forjadas en los arsenales de la tradición y la historia eclesiástica, en la filosofía y teología de las escuelas, en los motivos de credibilidad que más tarde expuso el Concilio Vaticano. Con destreza muy original usó también de la ironía en consorcio de la lógica, para desbaratar las objeciones.

El propio año natalicio del refutador de los *Sofismas*, recibia Lacordaire en París las órdenes sagradas. El agua lustral del bautismo, vertida sobre el entonces ignorado infante de América, y el óleo que consagraba al ya célebre francés, verificaron en ambos el modelo cabal de hombres de Cristo, que después de pagarle a tan adorable soberano el cumplido vasallaje del ánimo y del entendimiento, procuraron hacerlo reinar íntimamente en los demás, en el asi-

lo familiar y en los dominios de la sociedad civil. El apologista granadino, a par del conferencista de Nuestra Señora, admiró en la institución cristiana la trascendencia de un hecho perpetuado por aquella doctrina que obró dentro del mundo la más grandiosa restauración intelectual y moral, merced a su código santo, que se adapta a las razas todas. Encarnan ese credo y esa ley en un cuerpo místico que aun sometido a las precarias condiciones de sus elementos humanos, triunfa del error y la malicia, pues las faltas mismas de sus miembros infieles redundan en provecho suyo, exhibiendo la necesidad y la asistencia de otro elemento vital de orden divino, capaz de sobreponerse a las flaquezas de los hombres y a las alternativas de los tiempos. Ante ese espectáculo secular de la historia, el alma robusta y caballeresca de nuestro compatriota se entregó a la defensa de la regia Esposa de Jesucristo, a la exaltación de las ideas católicas, mientras por doquiera soplaban vientos de impiedad que no lograron apagar, antes avivaron el fuego de nuestras creencias. Paréceme que en su empeño de mostrar la verdad no sólo digna de respeto sino amable, el escritor colombiano imitó más a Luis Veuillot que a Carlos de Montalembert. Lo cierto es que vio sus esfuerzos recompensados: el año en que moría, nuestra constitución confirmaba en lo religioso unos principios que él había tenazmente divulgado, no en el seno del parlamento sino en una órbita de actividad más serena, como también más amplia y popular.

Recientemente la apologética, habiéndose ya fortificado sobre las posiciones tradicionales, toma nueva actitud

en la contienda. En vez de recurrir siempre a los argumentos especulativos y a las ejecutorias del pasado, acoge una forma del pragmatismo experimental, o sea la apología indirecta, para satisfacer a esta cuestión: «¿Cuál es en el día el valor del Evangelio? ¿La eficacia que manifestó en edades anteriores, actualmente sabrá enderezar el rumbo tortuoso de la humanidad, vistas las últimas tendencias del espíritu en los individuos, las clases y los pueblos?»

Hubiese Carrasquilla vivido al presente, y viéramosle sin duda mantener el campo donde el adversario ha venido a situarse. Con ejemplos vivos señalaría el caos adonde llega el desconocimiento de las normas evangélicas. Demostraría con Chesterton que cualesquiera otras no corresponden a las exigencias legítimas del mundo moderno. Habría hecho suya la aseveración de Lloyd George y sus colegas en el mensaje enviado a los súbditos británicos: «La verdad y validez eternas de los principios cristianos son en definitiva las únicas fuerzas espirituales que permiten esperar en el reinado de la paz sobre la tierra». Y apoyándose en la observación cotidiana renovaría el aserto de Bourget: «Dondequiera que el cristianismo florece, las costumbres se elevan; dondequiera que languidece, decaen. Es el árbol en que brotan las virtudes humanitarias sin cuya observancia las naciones están condenadas a perecer». Finalmente, no le pasara inadvertido lo que en sus postreros viajes confesaba el escéptico Loti: «Cristo permanece único. Oyéndole se disipan los odios y se entrevén los renunciamientos que purifican. Es el mago de la esperanza perdurable, el dueño de los consuelos no sospechados y el príncipe de los per-

dones infinitos. ¡Buscadlo y veréis que no hay nada que valga fuera de El!»

Hé aquí a los coetáneos (agnósticos, protestantes y católicos), coincidiendo por vías diferentes con los antiguos en el aprecio del influjo de Jesucristo. Pues bien: nuestra religión, que le proclama fundador suyo, que posee virtualmente su palabra revelada y su inmenso poder benéfico, se impone sin violencia a los pensadores honrados. Ellos comprenden que ayudarla es engrandecerse, es promover el avance de la cultura universal, y en particular el adelanto de la patria.

* * *

A ésta sirvió además Carrasquilla como preceptor de la niñez y de la juventud en el Instituto de Cristo y en el Liceo de la Infancia, de donde salieron los que un día fueron dignos de mitras y lauros, o ennoblecieron la espada y la péñola, o descollaron en el foro, en la magistratura y en la diplomacia, o impulsaron las industrias o fomentaron las artes. Tanto ha menester la tierra natal de varones probos que la rijan, cuanto de hábiles que la enriquezcan e ilustren, que dentro y fuera la protejan. Pero el educador es quien prepara a todos ellos orientándolos en el puesto que han de ocupar, y adiestrando sus aptitudes. En la edificación de los estados es a un tiempo mismo el que dispone la traza y echa los cimientos, esculpe las piedras y levanta los muros. Al paso que un somero profesor instruye, aquél desenvuelve las facultades del escolar, y mucho más la voluntad que la inteligencia. En esto fue nuestro institutor insuperable, porque, educador desde la casa paterna, pri-

mero se amaestró a sí mismo, para luégo ser modelador de tántos caracteres que se le asemejaron. Practicó la enseñanza no como empleo sino como obra de caridad individual y de público engrandecimiento, según el concepto que César expresó una vez a Marco Tulio: «Vale más ensanchar los horizontes del espíritu que dilatar las fronteras de un imperio».

Bien midió el alcance de la faena educadora el docto Comenio al escribir que la escuela es el taller de la humanidad; y acertó más todavía Froebel, advirtiendo: «Toda educación que no se apoya en la religión, es estéril, defectuosa e incompleta». «Es preciso que seais padres en medio de vuestros alumnos», había dicho antes san José de Calasanz, creador de las Escuelas Pías. Ni hay que insistir en que don Ricardo —como familiarmente se le llamaba—fue el seglar escogido de la Providencia para cumplir entre nosotros el ideal de la educación cristiana afianzada en el respeto y el cariño mutuos y recomendada por un éxito que en él corrió parejas con su idoneidad y su constancia. Pocos, en verdad, hubo tan expertos, ninguno tan perseverante. Díganlo ocho lustros de magisterio proseguido a pesar de las revueltas que agitaron nuestro país en formación. Así en las campiñas convertidas en teatro de batalla, ni el humo ni el estruendo son parte a interrumpir a la obrera del panal en sus labores.

Durante una época azarosa de crisis política y social en que a las convulsiones de la magna guerra sucedieron las pugnas entre el civismo y el militarismo encabezado por grupos ambiciosos, dejando a las generaciones presen-

tes la impresión de verdadera pesadilla histórica, sólo por un momento el pedagogo abandonó las aulas. «Hombre de bandera pero no de librea», corrió a batirse por el restablecimiento del orden constitucional; y en seguida regresó victorioso a reanudar las tareas en el terreno donde se siegan laureles que la sangre no humedece jamás. Los frutos del trabajo asiduo, bendecido por el cielo, han llegado hasta nosotros. Las lecciones de virtud transmitidas de padres a hijos se abrieron paso a través del tiempo, cual esos valiosos despojos de la selva que en su curso arrebata el Amazonas, y que lanzados luégo a la corriente del océano van a enriquecer las playas boreales después de larga fluctuación. La autoridad del maestro se prolongó en abundosa filiación espiritual; con creces le sobrevive en su inmediato descendiente, y su nombre adquiere mayor resonancia cuando el murmullo de los pequeños rompe el silencio de los grandes que han ido desapareciendo.

La familia colombiana lleva hecho el recuento de los prohombres que más timbre le dieron al transcurrir la pasada centuria. Entre esa pléyade copiosa de caudillos de la acción y el pensamiento, cultivadores del saber y la belleza, y ejemplares de magnanimidad, Carrasquilla se nos presenta con el nimbo de un patriarca y bienhechor eximio, de mente poderosa y corazón apasionado por todo lo bueno. Habiendo pertenecido a una especie moral marcada por el equilibrio de la naturaleza y de la gracia, en su pecho, que fue fragua de amores purísimos, aposentó las delicadezas de la ternura, las efusiones de la jovialidad y el valor abnegado. Amó mucho por haber sufrido mucho, y de ahí su

goce en aliviar los pesares ajenos, su don de consejo y discreción en corregir, su moderación y desinterés cuando en torno suyo crecían las turbulencias de la demagogia y se pregonaba el sistema utilitario. No vivió para sí, puesto que dio al Creador y a los conciudadanos cuanto tuvo.

* * *

Corto por fuerza he de quedarme al reproducir la semblanza del patriota y del apóstol en dos fases armónicas que acabaron por compenetrarse y proyectar un solo destello sobre los anales de Colombia cristiana.

Ella es quien os ha convocado en esta basílica para honrar al que la vindicó en horas de prueba; y en nombre suyo se me ha elegido sin merecerlo, para llenar con ferviente sinceridad —a falta de otras dotes— una pequeña parte de aquella obligación.

Mas, ¿a qué las pompas y tañidos funerales, si el nacimiento y no la muerte es la ocasión que estáis conmemorando? Porque en lugar de la cuna, la losa sepulcral es piedra de toque de la genuina grandeza. Las magnificencias mundanas aparecen en toda su pequeñez junto a un sarcófago; pero no acontece lo mismo a los méritos que resplandecieron como bendita llama en homenaje de Dios y servicio de los hombres. Y la Iglesia, para inculcárnoslo así y esclarecer a los suyos fallecidos, nos revela entrañas de madre lamentando su pérdida cual otra Raquel inconsolable que cubierta de duelo presta al bronce sus clamores y exhala su gemido en las alturas: *Vox ejus quasi aeris sonabit. Vox in excelso audita est lamentationis.*

Esa voz de lo alto que nos advierte nuestra fugacidad,

también nos trae las promesas de una gloria ultraterrena y de una segunda vida póstuma, realizada para los buenos aquí abajo en la persistencia del recuerdo: «Sepultados en paz, vivirá por siempre su renombre, y su esperanza quedará colmada de inmortalidad». En tanto que de los hombres vulgares está escrito que saldrá su espíritu y volverán a ser polvo, y su memoria será como la del huésped que va de paso y sólo se detiene un día, a los que adoctrinaron a muchos en el bien está reservada la esplendidez de un galardón que el libro santo equipara al indeficiente fulgor de las estrellas.

Alentados nosotros con tales promesas, las podemos referir a un varón cuya nombradía traspasó los límites de nuestro territorio y cuya existencia fecunda, comparable a la encina que extiende muy lejos las ramas, y al fértil olivo en la casa de Dios, perdura en sus ejemplos y enseñanzas.

Pero como en presencia del Remunerador supremo nadie es de suyo impecable, la piedad vuelve a ofrendar en favor del que partió, sus preces unidas a la sacrosanta oblación, para recordarnos a los vivientes nuestra miseria y destino, que solo pueden repararse con el sacrificio de la Víctima inmaculada.

Bien está que al celebrar este acto más gratulatorio que fúnebre, la madre común de los fieles, personificando el reconocimiento nacional se transporte hoy con el deseo, no ya a las riberas lejanas del Atrato, sino al sitio donde en expresión de Job cesa el ruido de los perversos, y van a reposar los fatigados. Allí, a usanza de la antigüedad,

querrá adornar la tumba del adalid con las prendas de su armadura, y hallará que éstas fueron el escudo de la fortaleza, el yelmo de la rectitud y la coraza de la fe. Bajo su amparo el combatiente descansa, el vencedor guarda el premio de la victoria. La fama que ganó se difunde embalsamada en el buen olor de sus virtudes, como el oreo del Austro en el vergel de los Cantares, como el prestigio de Josías, que el Eclesiástico encarece igualándolo a una confección de aromas hecha por hábil perfumero. La fragancia va a mezclarse al incienso ritual que acompaña el *Requiem* entonado ante las aras. Con él se consumen las lágrimas de mirra de muchos dolores consolados, de muchos agradecidos recuerdos que en exhalación de suavidad subirán hasta el trono del Altísimo.

La sentencia de aquel Rey de los cielos dará a cada uno conforme a sus obras; su bondad ha ofrecido exaltar a quien le glorifique; su sabiduría nos declara que la memoria del justo es eterna.

1927.

CONFERENCIA
SOBRE ARTE RELIGIOSO

(Dictada con proyecciones)

Distinguidas damas y caballeros:

En no pocas vistas de hermosos y antiguos monumentos habréis observado el efecto que produce alguna zarza o madreselva trepadora nacida al acaso bajo las talladas piedras. Su misma rustiquez hace resaltar los primores del mármol, e introduce variedad en toda una serie de arcos y columnas. La sombra de los gajos torcidos interrumpe la simetría para dar más realce a la pureza de las curvas; y es así como la naturaleza agreste rinde obsequio a la labor sabia que se ostenta en aquellas construcciones.

El oficio de esas plantas silvestres se parece al que estoy desempeñando ante vosotros. Lo inculto de mi frase y mi pobreza intelectual encarecen vuestra bondad en escucharme, y los méritos de los conferencistas que me han precedido. No tengo otra disculpa de mi incompetencia, ni vayáis a temer que el espectro de una erudición implacable os aparezca esta noche aquí como la muerte en el poema de Cazalis, con su séquito de danzantes. Me faltaría la

destreza de un Saint-Saens literario para orquestar agradablemente el aire de la ronda macabra y quisiera más bien imitar al cantor matinal que desde granja cercana, y en lo mejor de la sinfonía prorrumpe ahuyentando los fúnebres fantasmas.

Tampoco extrañarés el tema elegido *La Virgen María en el arte* es asunto nobilísimo y fecundo digno de la devoción sacerdotal de quien os habla y grato a vuestros sentimientos religiosos y aficiones estéticas, que son las dos notas más acentuadas de la cultura.

Lo primero que se ofrece al tratar de arte cristiano, es compararlo con el del paganismo. Pero suele incurrirse en falta de apreciación creyéndolos adversarios. Ambos han sido calumniados o por lo menos mal comprendidos cuando se les interpreta desde un solo punto de vista. Generalmente se habla de la serenidad del genio griego y del realismo cristiano como de dos exclusivos caracteres. Hé ahí una de tántas opiniones de la crítica, que no deben aceptarse sino a beneficio de inventario, y circulan por esos mundos desde el viejo Winckelmann hasta Renán Taine y John Warrack, en nuestros días. Lo único que debemos admitir con el profesor Deonna es que todo arte está sujeto, mientras dure, a un ritmo constante de avance y retroceso, o como él dice, «de flujo y reflujo», semejante al del océano. Tarde o temprano la marea ascendente sobrepasa el nivel ordinario: Poseidón invade los dominios de Gea, separa arrecifes que antes eran uno solo, o confunde en un mismo brazo las aisladas marismas. Presto la bajamar se aleja prolongando los arenales desiertos y dejando percibir escollos

que nadie sospechaba y que poco después las ondas volverán a sepultar.

De igual manera, tras el período rudimentario de la formación viene la ola del idealismo, en que se desecha el detalle minucioso para generalizar o simplificar. La síntesis llevada gradualmente al exceso provoca una reacción: se cae en el extremo opuesto; de ahí vuelve a desandarse el camino, y el fenómeno prosigue repitiéndose con suaves transiciones o por cambios bruscos hasta que una gran trasmutación social establece otro orden de cosas sometido siempre a una ley de alternativas análogas. Por ignorar esta ley, cuántos pseudocríticos van a tientas guiando a otros ciegos en sus lucubraciones.

Tal es, en compendio, la vida del arte. El helénico y el cristiano pasaron por equivalentes fases en su desarrollo, aunque obedeciendo a inspiraciones diferentes. Cierto que el primero amaba el desnudo, y el segundo lo evitaba por la lucha que hubo de sostener contra las preocupaciones judaicas y los resabios idolátricos de los recién convertidos gentiles. Pero si distintos eran los objetos que perseguían, en sus procedimientos sólo hay diferencias accidentales.

Ensayemos un paralelo entre sus correspondientes épocas primitivas o entre las de transición, florecimiento y decadencia. Veremos así, que las esculturas arcaicas de los siglos VIII, VII y VI antes de Cristo, traen a la memoria las efigies piadosas pertenecientes al período de formación que comprende el estilo catacumbal, el bizantino y el románico en un espacio de mil años. Si el desenvolvimiento fue más rápido en la Grecia antigua que en el mundo cris-

tianizado, no por eso negaremos la correspondencia que existe en sus diversas estapas de progreso. Comparemos, pues, una *koré*, es decir, una estatua de muchacha ateniense anterior a las guerras médicas, con la imagen románica de la Virgen que conserva el museo de Tolosa. En ambas advertiréis la rigidez hierática del porte, el paralelismo de los pliegues, el zigzag de los bordes del vestido y el peinado convencional, aun cuando el de la una esté dispuesto en bucles y el de la otra en guedejas.

Avancemos a los tiempos de Pericles. La técnica ha variado respecto de los anteriores. Ya no son rígidos los repliegues ni actitudes. Casi todo convencionalismo ha desaparecido; nos hallamos en plena idealización de la estatuaria. En ese áureo siglo V sí podemos hablar de la serenidad griega, pero la misma moderación encontramos en el siglo XIII, el más ilustre de la edad media. Escojamos, por términos de comparación, una cariátide y una Virgen gótica del Louvre; el Júpiter de Otrícoli y el llamado «bello Cristo de Amiens».

Vengamos al siglo IV, y tomemos por ejemplo la Irene con el niño Plutos, de Cefisodoto, para cotejarla con alguna madona del siglo XIV. La ternura aparece en los rostros; mas todavía se mantiene dentro de moderada reserva. Sin embargo, fijáos en lo expresivo de los movimientos. Es más insinuante el diosecillo que el Infante Divino; y en cambio, el ademán de la efigie de Prato es más vivo que el de la diosa Irene. Hay mutua compensación.

Para que mejor se note la evolución del arte escultu-

tal desde que se despreendió del romántico, aquí tenéis tres

estatuas de Nuestra Señora, tomadas de las catedrales de Chartres y de Amiens. La primera es aún hierática, la que sigue confina entre el idealismo y el realismo, la última es francamente realista.

Demos un paso más y lleguemos a la época helenística. Como sabéis, se ha inventado esta denominación contrapuesta a la helénica, para designar la transformación artística que coincidió con las conquistas de Alejandro y se manifestó en la mayor expresión de la figura humana. Grandes afinidades muestran las tendencias alejandrinas con las de los cuatrocentistas de Toscana y las escuelas del siglo XVI. Se rompe del todo aquel equilibrio entre el alma y el cuerpo, que fue el concepto inspirador del ingenio heleno en los días de su apogeo. La sincera interpretación de los dolores morales y físicos se declara en los talleres de Pérgamo. Es ella la que traduce el gesto postrero del galo moribundo, exalta la agonía de Laocoonte y retuerce los miembros de los gigantes abatidos. Cálidos vientos que soplan por las costas encantadas del Egeo son los que inflan la túnica de la Victoria de Samotracia y desmelenan a la Furia Dormida de las Termas. Las posturas se complican en el grupo del Toro Farnesio; la arcilla misma pasa a modelar las animadas figulinas de Tanagra, y los cinceles fijan las facciones rudas de Eutidemo y del atleta de Olimpia. Una inquietud semejante se apodera de casi todas las obras procedentes del renovado clasicismo italiano. La adivinamos en aquel convoy funerario de encapuchados que conducen el cadáver del senescal de Borgoña. El semblante del Moisés de Sluter se anticipa al labrado por Buonarro-

tri. El enérgico busto de Uzzano rivaliza con el supuesto Séneca de Nápoles. Las Dolorosas abundan, y son cada vez más intencionadas las escenas de la Pasión y del Pesebre. Con la arrogancia del Colleone compite la unción de Botticelli, Ghirlandajo y Lucas della Robbia. De aquél os presentaré el Descendimiento, del segundo la Visitación, del tercero uno de sus preciosos relieves.

Saliendo de Italia ¿tendré que mencionaros, entre innumerables cuadros la Melancolía, de Durero, que a juicio del historiador Seignobos, es la obra más profunda del Renacimiento? Bastante conocéis las creaciones renacentistas para que os fatigue repitiendo un largo capítulo de historia.

Estas generalidades previas nos conducen a la cuestión principal: ¿de qué modo influyó el culto de María en las producciones místicas?

Los mejores anhelos del hombre griego, como los esfuerzos de una ave herida, rendían en vano a las alturas. Mas llegó la Buena Nueva a restaurarlo todo, y obrando la eficacia de su doctrina sobre las facultades superiores de nuestra naturaleza, reforzó sus energías. A semejanza del loto de los textos búdicos, cuya raíz se hunde en el fango, y cuya flor busca el sol para desplegarse ante sus rayos, el principio divino que hay en el hombre quiso escaparse de la materia y dirigirse abiertamente a la luz de la Inteligencia Suprema. Se ofreció entonces a los artistas la vida entera del Hombre Dios. ¿Y cómo podía prescindirse de quien fue necesario fundamento de esa existencia aquí abajo, y complemento de tántos prodigios, de aquella mujer llena de gracia y entre todas bendita, en la que se acumu-

laban las grandezas de la maternidad divina, de la integridad perpetua, de la santidad más excelsa, de la realeza enaltecida sobre los cielos y la tierra? *María vale más que todo la creación*, habían enseñado los padres y doctores santos. ¡Luego qué mejor objeto para las artes nobles, las perfecciones todas reunidas en un tipo único y verdadero de belleza sobrehumana! Y no fue sólo la admiración el móvil de los artífices, sino también el afecto acendrado. Porque el Hijo de María era nuestro Redentor, y Ella la Madre que nos fue entregada en la hora solemne del Calvario. Por esto se coligaron mentes y voluntades para hacer en la forma sensible más atractiva un homenaje a la Madre Virgen.

Cuando el encanecido pescador del Tiberíades, hecho luégo conductor de almas, hizo virar el barco de la Iglesia hacia el alta mar de la civilización latina centralizada en Roma, la semilla del arte nuevo fue a germinar soterrada en las mansiones sepulcrales, donde muchos neófitos medianos en el acierto de los trazos, pero ricos de candor ascético, dejaron sobre los muros del laberinto un recuerdo imperecedero de la Amadísima Señora, en imágenes que demuestran la sencillez del cristianismo naciente. La pintura es elocuencia muda, y aquellos frescos son tanto más elocuentes cuanto más ingenuos.

Al contemplar esos tanteos pictóricos se ve cómo el culto mariano influía en la ejecución de las obras religiosas. La idea de la castidad y demás virtudes referidas a la Virgen de las Vírgenes, fue antorcha que guió con éxito a los pintores y escultores cristianos. Así es que las plegaduras

del vestido no fueron simple adorno sino recurso del recato; los ojos no se figuraron elevados sino para apartar los ánimos de la tierra y despertar esperanzas haciendo pensar en las eternas claridades del Paraíso; ni se bajaron por otra razón que no fuese inculcar humildad, resignación, adoración, clemencia, tomando por ejemplar a la Reina de todos los santos. Mucha diferencia había entre su rostro y los que Scopas y Praxíteles dieron a sus diosas, perfectísimos en verdad, pero faltos de aquella vida mística que sólo sabían comunicar los regenerados que se alimentaban con el Pan sobrenatural, con el Fruto bendito de la Maternidad sin mancha.

Las cabezas casi siempre cubiertas por manto y velo, la mirada modesta, el grave continente de recogimiento, ponen bien a las claras las divergencias del espíritu de Jesucristo y del gentílico. El ideal pagano, al perfeccionarse, quiso hablar al solo entendimiento: rehusaba dirigirse a los humildes, como muy bien dijo Augusto Rodin. El sentimiento nacido al calor del Evangelio hablaba por igual a las inteligencias y a los corazones de todos.

El concilio de Efeso fue el grito sublime con que cien años después de la paz otorgada por el edicto de Milán, la cristiandad aclamó a María verdadera Madre de Dios: atributo en donde se cifra toda su gloria. La definición dogmática hizo más numerosas las efigies que representan a la Progenitora de Jesús con el Infante en los brazos.

Los cambios políticos traídos por las invasiones de la barbarie, las tempranas luchas feudales, estancaron por largo tiempo el adelanto de las artes. «No alcanzo a perci-

bir otro sonido que el roce de mi pluma en medio del general silencio», escribía por entonces un monje rezagado en el ángulo de su celda, hasta donde no habían llegado las pesquisas de los vándalos. El amaneramiento de la iconografía no puede imputarse sino a las circunstancias azarosas que turbando el sosiego necesario para dar vuelo al talento creador, hicieron perdurar las tradiciones, ya de las Catacumbas, ya de los imagineros de Bizancio.

Hacia el siglo VI se propagó la costumbre oriental de circundar las cabezas de las imágenes con un nimbo o aureola que al principio no fue emblema de santidad sino símbolo de la dignidad regia. Más tarde lo precisaron los bizantinos coronando a la Celestial Princesa con la diadema de las emperatrices. El fausto de los Comnenos se refleja en las representaciones sagradas. De las orillas del Bósforo se difunde más allá del Adriático en la corte de Rávena, para tributarle honores a la Augusta Panagia Theotocos, ya exaltándola sobre las cornisas de las basílicas en iconos ejecutados al fresco sobre fondo dorado; ya presentándola en mosaico a lo largo de las naves, ya decorándola en tapicerías y bajorrelieves venerados en los oratorios domésticos.

El procedimiento de los fondos dorados, aunque hacía destacarse las figuras, oscurecía el color de las mismas; y de ahí el origen de las vírgenes morenas, si bien pudo contribuir a esto la tradición de San Epifanio acerca de Nuestra Señora.

Por algunas proyecciones anteriores os habréis formado idea de la escultura medioeval. De la pintura no igno-

ráis que Cimabue y Giotto fueron los innovadores. Es inexplicable por qué Salomón Reinach niega al primero su calidad de pintor, cuando hay por medio el testimonio de Alighieri, contemporáneo suyo:

Credete Cimabue nella pittura
Tener lo campo ed or la Giotto il grido

No os detendré en el resurgimiento sienés, precursor del florentino y veneciano, por mencionaros siquiera de prisa el estilo ojival del siglo XIII, en que la devoción a la Madre de Dios le erigió excelsas catedrales donde se verificó el bello ideal de la arquitectura religiosa.

Allí el afán expira
que en el cieno del mundo arraiga y medra.
Entra, viajero, y mira
la bóveda que arredra
como anchuroso piélago de piedra,

Y los troncos escuetos
que a la techumbre colosal oscura
se lanzan como abetos
de gigantesca altura
que hunden en mar de niebla su aspereza.

Sobrecogido el pecho
de miedo y estupor, bajo el sagrado,

bajo el sublime techo
acerás arrodillado
[illegible] que has olvidado

«Repercusión mental de una gran sensación física; impulso espiritual hacia el cielo; profunda emoción religiosa» y les son las fórmulas que emplea José Gauthier para señalar los efectos de las líneas verticales hendiendo el firmamento sobre la planicie de las llanuras. Es el predominio del contraste, así como la arquitectura egipcia se fundaba en la analogía de la extensión del paisaje con la anchura de los edificios; en tanto que los templos de la Hélade guardaron un término medio que consistió en la armonía de todas las dimensiones: la altura era mitad de la anchura, y ésta era mitad de la longitud o profundidad.

La Hiperdulía, que contribuyó a dar expansión a la pintura y escultura con la variedad de asuntos piadosos que suministraba tomados de las figuras proféticas, de la narración evangélica, de las advocaciones de milagrosos favores recibidos, enriqueció el decorado de los estilos arquitectónicos. Los que haváis leído *La Catedral*, de Huysmans, en donde el novelista describe uno de los principales santuarios consagrados a Nuestra Señora, sabréis que esos poemas de piedra son más que todo verdaderos poemas marianos cuyas páginas son los entalles de las molduras y cornisones, los episodios de las vidrieras historiadas que alguno llamó «incienso en colores».

De cuantos viajeros visitan hoy la metropolitana de Estrasburgo, dedicada por el obispo Werner a la Virgen

muy pocos conocerán la historia del edificio, que es de los mejores modelos del género de construcción que nos ocupa. Fue debido al asiduo trabajo durante doscientos años, de millares de obreros franceses que sin pedir salario, contentándose con mendrugos por sustento y durmiendo sobre el suelo, iban en aquella edad creyente ofreciendo sus escoplos y martillos dondequiera que erigía la religión sus fábricas suntuosas. Muchos de ellos se dedicaron exclusivamente a labores consagradas a la Reina del cielo, y su devoción les movió a establecer los *rosarios del picapedrero*, que consistían en imponerse cada cual la tarea de esculpir diariamente en el mármol cierta cantidad de arabescos, de hojas de trébol o de encina. Hasta hubo doncellas que, dejando el bordado, aprendieron a labrar en la dura piedra la imagen de su Patrona Celestial.

Llegando a tiempos menos distantes, cuánto provoca internarse po resos vergeles de la historia, en busca de Fra Angélico y de su celebrada Coronación de María. Se refiere que comulgaba para pintar sus cuadros, que a veces hacía de rodillas y vertiendo lágrimas de afecto para con la Reina y Madre Amabilísima.

¿Cómo callar a Perugino y a su discípulo Rafael Sanzio que a los veintiún años se estrenó con el cuadro de los Desposorios?

¿Por qué olvidar a Sarto, quien acostumbraba escribir en sus representaciones de María: «Andrés del Sarto te pintó aquí tal como te lleva en el corazón?» Mucho menos es posible omitir a Ticiano, autor de la Asunción, ni al suave Correggio, que dedicó su pincel a la Santísima Virgen.

El impulso dado por ellos y muchos más restauradores en otros países, se extendió a los dos siglos siguientes, llamados de decadencia, calificativo convencional, si se atiende a las bellísimas obras de Guido Reni, Caravaggio y los grandes maestros flamencos y españoles *educados en Italia*. La faz enlutada de la Virgen de Reni es una aurora bonancible en la noche del Gólgota.

Al recordar el arte español no pierdo la ocasión de parangonarlo con el de alguna otra raza, como la sajona. Ved ahí una Concepción sevillana de Montañés, y la célebre Dolorosa de Nürenberg. Ambas son de madera y fueron hechas con pocos años de intervalo. No presumo de crítico, ni se necesita serlo para advertir la discrepancia que hay entre las dos. Aquélla, bien a pesar de su dulzura maternal, os parecerá pesada en sus proporciones; y la pesadez se agrava con el abultamiento del ropaje. Los cabellos, el aire de las facciones, la flojedad en la posición de las manos, dan al aspecto general de la figura un realismo poco atrayente, en comparación de la idealizada Madona de Pedro Vischer, donde se admira la ligereza de formas, lo esbelto de la estatura, la nobleza de actitud y gesto, que vence la dificultad de expresar el dolor más intenso de un modo casi imperceptible. Me permito darle la preferencia, y mucho siento no estar aquí de acuerdo con el cardenal Newman, cuando se declaraba realista decidido en sus gustos piadosos y estéticos.

Tampoco puedo abstenerme de contraponer la misma Dolorosa germánica, y una escultura helenística denominada la Doliente. Notaréis las distinciones que las separan, y

quizá me concederéis que la Dolorosa lleva ventaja con su faz levantada, su toca y manto, sus manos recogidas; mientras que a la otra perjudica el alarde que el escultor hizo de su habilidad, acusando las formas bajo la transparencia del manto que las envuelve.

Sea como fuere, el interés que ha despertado la efigie alemana, ha llegado a rodearla de leyendas. A las influencias italianas que se le atribuyen, y a la incertidumbre que los peritos afectan respecto de su autor y fecha precisa, se les ha querido agregar una historia de amor. «La hermosa Gretchen, hija del mercader Furhoff, no era indiferente a las palabras afectuosas del joven escultor Vischer»... Así pudiéramos empezar nuestro relato novelesco, y para darle mayor aliciente no estaría mal relacionarlo con las aventuras de Hans Sachs y los maestros cantores, fantaseando un cuento tan curioso como aquellos a que se han prestado la Fornarina y la Monna Lisa, de Leonardo. Con todo eso, prefiramos no patrocinar las conjeturas de los cuentistas; y reconozcamos la intervención de algo más que un simple amor terreno en los rasgos de la misteriosa Madona de Nürenberg.

En desagravio de España permitidme todavía otro contraste. Al apagarse la inspiración griega con el refinamiento alejandrino, quedó roto el paralelo que antes habíamos establecido entre ella y las manifestaciones del ingenio cristiano. Dejadme que vuelva sobre mis pasos y ponga la Concepción de Ribera junto a la Minerva fídica de Lemnos, que Luciano de Samosata estimaba superior a la Prómacos y a la criselefantina del Partenón. Creo que sin desco-

nocer la belleza de aquélla, la Inmaculada os agrada más, por muy familiarizados que estuviérais ya con las Concepciones de Bartolomé Esteban, Zurbarán, Valdés Real y Juan de las Roelas, o con las de nuestros pintores coloniales.

La diosa virgen, la Párthenos olímpica, la hija de la mente de Zeus, cuyos ojos dice Homero que miran hacia muy lejos, tiende su vista a la vaguedad de un horizonte remoto escrutando el porvenir. Las pupilas de María se fijan arrobadas en la Causa Suprema, en lo alto del Empíreo que domina todos los horizontes, en un presente que abarca todos los futuros, en un Amor infinito cuya llama no ha prendido en el pecho marmóreo de Minerva, porque Minerva —la razón fría— no tiene corazón. Al pie de Palas se yergue la serpiente de Erecteo y el pájaro nocturno, emblema de la ciencia. Pero la Doncella Purísima en cuyo seno se entronizó la Sabiduría encarnada, es la vencedora del genio del mal, y huella eternamente al dragón enemigo de Dios. Atena, en fin, está armada; mas nuestra Protectora no necesita cimera ni lanza, ni coraza ni escudo, porque, según el canto bíblico, su poder es tan formidable como escuadrones desplegados en línea de batalla.

Decía Wagner, citado por Eugenio d'Ors, que al través de las Vírgenes de Rafael se hacía comprensible el misterio de la Purísima Concepción. Sin riesgo de profanidad afirmaremos que también se presiente y columbra el misterio teológico, considerando la casta guerrera de Fidias. ¡Nosotros tus vasallos, oh invicta Señora de los Angeles, desde la oración sobre la Acrópolis, en donde yacen los dio-

ses muertos, sabemos transportarnos al éxtasis glorioso de tus miradas!

A partir de la pasada centuria el arte marcha desorientado por veredas tortuosas que se entrecruzan en todos sentidos. Tan pronto se le pidieron lecciones nuevas al academismo de David y Thorwaldsen, como se acudió al prerrafaelismo de Ruskin, al naturalismo de Courbet, al misticismo simbólico de Puvis de Chavannes, al primitivismo de Gauguin, al *arte negro* de Bretaña, a la extravagancia de los impresionistas y cubistas; o borrándose los límites de nacionalidades y escuelas, se preconiza la iniciativa individual, independiente, durante los últimos años. Complejo es el estudio de tan variadas tendencias, juzgadas por Tolstoi con criterio marcadamente escéptico. En ellas distínguese todavía la sucesión rítmica; sólo que ésta ya no es uniforme en todas las naciones, y en cada una es preciso seguirla por separado. Así, pues, mejor será sacar del caos algunos nombres representativos entre los artistas religiosos.

Prerrafaelista y al mismo tiempo muy personal fue el inglés Burne-Jones, quien de sí mismo confesaba: «No soy inglés sino italiano del siglo XV. Soy hijo de Birmingham, pero en Asís nací por segunda vez». De él os exhibo el tapiz de los Reyes Magos, que adorna el Exeter College de Oxford. La originalidad de su manera difiere mucho de la afectación de Rossetti, y se acerca a las intuiciones de Holman Hunt.

El esmerado Bouguereau señala rumbos desconocidos en su alegoría de la Virgen Consoladora. Esa Madre uni-

versal de los fieles, acogiendo, en vez del Hijo sacrificado a otra madre doliente que en su regazo se abandona, diríase visión de paz que descendió del cielo al conjuro de un pincel hechizado por la magia de la fe, de la esperanza, del amor fervoroso.

Overbeck, otro devoto de Nuestra Señora, estuvo igualmente afortunado al figurar a María Reina de las artes, composición grandiosamente concebida, cuyo valor no disminuye sino aumenta con las reminiscencias que allí se descubren de la *Escuela de Atenas* y de la *Disputa del Sacramento*. Escenarios suyos son la tierra y el cielo. Arriba, circundando el regio trono, distínguense Moisés, el constructor del Tabernáculo; David, pulsando su salterio; Lucas, el pintor evangelista. Símbolo de la inspiración es la fuente que abajo salta en fresco surtidor hacia las regiones eternas. A sus aguas vivas se acercan Dante, Massaccio, Orcagna, Vinci y el virtuoso de Urbino, en tanto que los coloristas venecianos examinan los reflejos e irisaciones. Aparte Miguel Angel reposa ensimismado.

Junto a un grupo interesado en el hallazgo de mármoles antiguos, aparece el imperial protector de los ingenios héroe de la epopeya carlovingia; y por otro lado reconocemos a Gui d' Arezzo y al pontífice que dio su nombre al canto sagrado. En medio Agustín de Hipona departe con ellos sobre la música y lo bello, según las teorías de Platón.

¿El arquitecto que más acá alecciona a sus jóvenes discípulos, no será tal vez maese Hugo de Libergier, que levantó la iglesia de San Nicasio y fue sepultado bajo las naves de Reims ahora setecientos años? Reparad en las

vestimentas que indican el origen de cada joven alumno: las calzas justas y el jubón meridionales, el pellote tudesco, el monástico sayo irlandés. Sentados atrás en la gradería, un benedictino de Cluny y un cisterciense discuten la ornamentación de las mayúsculas y miniaturas dibujadas en sendos manuscritos. No han olvidado el ejemplo del famoso fraile Tutilón de San Galo, acuarelista y decorador de marfiles. De allí no están ausentes los mosaístas y orífices, los tapiceros y esmaltadores que tánta reputación dieron al *Opus Anglicanum* y al *Apus Britannicum*, denominaciones de sus trabajos respectivos; ni dejarán de asomar por allá en el fondo los trovadores de Provenza y de Suabia: un conde Tibaldo, un Bernardo de Ventadour, un Henrique de Veldeken.

Paréceme oír el murmullo que de todo aquel concurso se levanta, como el de los rubios enjambres del Citerón y de Tíbur, como el de las brisas que orean la arboleda vecina, confundiéndose con los distantes acordes que escapan de la abadía que se divisa en lontananza. Y aquel concierto de ideas, emociones y formas, en que armonizan gamas litúrgicas y rondeles de troveros; en que los bocetos de lienzos se hermanan con trazos de planos y oros de iniciales; en que los tercetos del gibelino a María riman espiritualmente con las estrofas de Petrarca y hacen consonancia a la rumorosa fuente de aguas vivas, todo aquello, digo, compone un himno gigantesco que asciende a las moradas de la Gloria para alternar con el coro de los elegidos celebrando los triunfos de la Hermosura inmortal y sin mancilla.

Muy poco os dije de las artes plásticas en relación con el culto mariano. De paso nombré la arquitectura, y para abreviar dejaré en silencio la música y la poesía. La materia es inagotable; no cabe dentro de una conferencia; pero bastan las cortas indicaciones hechas. Cualquier partecilla que se escoja del vastísimo tema encierra un tesoro de sugestiones, y habría que aplicarle estas palabras: «La gota de vapor que brilla un instante en el espacio, copia sobre su molécula casi imperceptible el universo que la rodea con toda su inmensidad». Así el más pequeño aspecto que en María Santísima consideremos, nos revela el mundo entero de la belleza divina y humana bajo las dos formas que superiormente la contienen: la religión y el arte.

1920.

LA VIRGEN DEL CARMEN

Sermón predicado en la catedral de Bogotá.

Decor indumentum ejus.
«Está revestida de hermosura».
(Prov. 21.)

El Evangelio, con ser digno coronamiento de la Revelación, es como un episodio apenas de la historia de la Virgen Santísima.

Aquella historia, comparable a un piélago agitado por el soplo de Dios, desborda más allá de los tiempos. Aquella existencia, ora profética, ora terrena, ora inmortal, circuye sola el giro de los cielos, y como el relámpago, toca en un instante los extremos del mundo. Su principio es *ante saecula*; su término —*usque ad futurum saeculum*—deja muy atrás la carrera de todas las edades. Su primera noticia la dio el Señor en los umbrales del edén perdido; su advenimiento tuvo por heraldo las tradiciones universales y escritas; sus hechos y palabras embalsaman con olor

de suavidad el texto de la alianza nueva y traen por continuación y cortejo los anales de la era cristiana. De suerte que si las figuras primitivas correspondieron a la realidad, también estas palabras y hechos evangélicos fueron a su vez emblema y anuncio de las manifestaciones de la Madre de Dios en el discurso del cristianismo.

La piadosa viajera de las montañas de Hebrón; la descendiente de David, que en el establo cubre con pañales a su recién nacido; la que en Caná logra del Mesías el primer prodigio en favor de los amigos, es la misma Embajadora del Paraíso, que viniendo desde los collados eternos al valle del destierro, no sólo ha inspirado en la Iglesia católica tantas instituciones y protegido tan insignes empresas, sino que además ha tenido para nosotros delicadezas de reina y agasajos de madre.

Al entregarnos por mediación del religioso escocés el escapulario, ignoro si se ostenta más la ternura de esa madre a sus hijos o la generosidad de la reina con sus vasallos. Sólo sé *que la Reina y Madre de misericordia* también es entonces la mujer hacendosa de los Proverbios, «que busca lana y lino y hace labores con la industria de sus manos. Aplícase a los menesteres domésticos, y sus dedos manejan el huso. No temerá para los de su casa los fríos ni las nieves, porque toda su servidumbre gasta doble vestidura. Ella teje finísimas telas para los viajantes cananeos, y es el propio decoro su atavío».

En el suceso del monje Stock hay un atractivo tan celestial y tan humano, que su relato auténtico basta para eclipsar las más gratas reminiscencias de la época. Es un

rasgo feliz en el siglo XIII; en aquel cuadro de horrores y grandezas donde todo el período medio se resume; siglo de la *Charta Magna* y de las Decretales; donde alternan las órdenes militares y religiosas, las artes pacíficas y guerreras; donde los últimos ecos de las cruzadas se apagan en la salmodia de las recién erigidas abadías; donde a los tañidos de las vísperas sicilianas se mezclan las algaradas de la horda tártara que devasta el oriente de Europa.

No necesitáis que os recuerde la narración del santo carmelita por indicar cómo la insignia con que os escudáis es un vínculo que os liga a ese pasado venturoso al través de setecientos años, y como gaje de predestinación os une con el cielo.

Tratar, en cambio, de los merecimientos de nuestra Protectora, sería escrutar la majestad para ser abrumado por su gloria; sería empeño profano si no fuera excusa la autoridad del ministerio sagrado y el cariño filial a la Madre del Amor hermoso, en cuyo acatamiento no vale nombrar siquiera las cosas de mayor estima, porque la alteza suya es de procedencia muy recóndita y subida; pues cuando el Señor Dios prescribía leyes a las lluvias y señalaba el camino de las tempestades, El ya la había contemplado en el colmo de sus perfecciones múltiples, cual habría de mostrarla, y de constituírla y de esclarecerla para siempre: *tunc vidit Illam, et enarravit, et praeparavit et investigavit.*

Pueda bajo tu auspicio, Señora, decir algo menos indigno en tu alabanza—Ave.

Decor indumentum ejus. Está revestida de hermosura (L. c.).

La noción cabal de lo bello, escapando a la perspicacia de filósofos y letrados, les deja solamente discernir los cinco elementos que contribuyen a producirlo. Variedad e integridad, proporción con unidad y brillo juntos, serán un problema que ejercita la pericia del artífice, desafía la sagacidad o el capricho de la crítica.

Pero la belleza material que cae bajo la aprehensión vulgar de los sentidos, es mediano bosquejo de otra belleza espiritual que sobrepuja todo el orden de los astros, y confrontada con la luz le hace muchas ventajas; es la que prefirió Salomón a solios y cetros; en cuyo cotejo tuvo por nada las piedras preciosas, y el oro le pareció menuda arena, y fango la plata. La estimó sobre la salud y el buen parecer, porque es inmenso tesoro asequible a los hombres, a fin de hacerlos partícipes y familiares de Dios. Y así realiza el ideal sumo y guarda por normas, no los preceptos muchas veces convencionales del arte sino la ley sobrenatural: por donde sus resultados no se deben a la simetría y a la línea, ni al tono ni al color ni a ritmo alguno; ya que siendo autor suyo la Sabiduría misma, no pueden con ella parangonarse los más valiosos coloridos de la India y el topacio codiciado de Etiopía Esta belleza superior llamamos santidad. Es su fundamento la justificación; su complemento, las virtudes, dones y demás prerrogativas peculiares.

Aquí ya se nos ofrece la variedad, que considerada en la Virgen veneranda, despliega la opulencia mayor de dotes intelectuales, morales, sobrehumanas. ¿Quién es la que se eleva del desierto como columnita de humo formada de

perfumes de mirra y de incienso y de toda suerte de aromas? ¿Cómo no percibir ese raro consorcio de voluntad y mente, de fe y razón, de gracia y de naturaleza? ¿Cómo negarle la propia ciencia del rey sabio para conocer el establecimiento del orbe, el alcance de los fenómenos, el comienzo y remate de los acontecimientos, la materia y forma de los vivientes, los anhelos de los corazones, como que en Ella reside el espíritu de inteligencia multiforme? Allí se copia Dios por entero, mientras las demás creaturas imitan a medias algunos divinos atributos. Esos cielos predican la esplendidez de quien los hizo; las montañas reflejan su majestad inmutable; los elementos ejecutan su poder y terribleza; en la fauna y la flora resalta su munificencia sabia y fecunda. Pero María es toda amable, *deliciis afluens. Et cum sit una, omnia potest.*

Sabéis que cuando las cualidades no tanto varían en número cuanto difieren entre sí; cuando a más de diferentes y diversas son opuestas, se da entonces el contraste, grado mejor de perfección. Luce dondequiera la ley de los contrastes. En el género humano tenéis un singularísimo compuesto de barro impuro y ánima imperecedera. En la naturaleza no advertiréis grandiosas escenas donde simultáneamente no haya concierto y pugna de contrarios. Leve y sutil de por sí, es en ocasiones el viento ciclón incontrastable que arrolla el océano, descuaja selvas y barre los continentes. Si os remontáis hasta la Esencia Suprema, descubriréis la oposición de relaciones. Bajad a la ínfima escala en que el organismo parte términos con la sustancia inanimada; investigad ahí los misterios de la célula y entende-

réis que en las hechuras del Omnipotente nada es pequeño; que el dicho rudimento vital es gran laboratorio donde se almacena tal cúmulo de energías, que es un mero remedo suyo la masa solar con su espantable actividad.

En la obra magistral del Altísimo se reúnen los más peregrinos contrastes: virginidad y maternidad; ser humano con atribuciones divinas. Fue hija de monarcas confundida entre la plebe; hija de Eva y progenitora de Dios; Madre de su Hacedor; súbdita del César, pero Reina del universo. Infiérese por aquí una integridad completa en este acopio de perfecciones. El ser mujer no compromete su varonil entereza; el estar deificada no le quita ser genuinamente nuéstra. Pero qué mucho si el Esposo la llama soberanamente hermosa y sin defecto: la inmaculada, la que es toda suya, la única preferida, la perfecta, la escogida, la dichosísima. Y sin embargo, encuentro que algo le falta. Al observar ese espejo de justicia no miro proyectarse allí el rayo de la justicia misma sino la luz y mansedumbre de la sabiduría, la imagen de la bondad, la pulcritud de la paz. Al admirar a esa Virgen poderosa la reconozco impotente para el rigor, porque ni en su conversación tiene rastro de amargura ni causa tedio su trato, antes consuelo y alborozo. Es, oh Madre mía, que sin dejar de ser todopoderosa, sólo eres terrible al poder de las tinieblas. Es, oh reina, que tus plantas hechas para hacer brotar azucenas a su paso, únicamente al áspid enemigo pudieron humillar y oprimir.

La proporción que guardan entre sí sus privilegios y carismas, hacen de María no un ser exótico en la creación.

sino un ejemplar de armonía. *¿Quid videbis in Sulamite nisi choros castrorum?* ¿Con qué asemejaréis su beldad sino con la cadencia de los coros marciales? Cuando el Dios de los ejércitos dispuso, en visión anticipada, exhibirla como signo portentoso en las alturas, las milicias angélicas prorrumpieron en concentos de triunfo; y ordenados en danza sublime los escuadrones del firmamento, la luna rodó afortunada bajo sus pies, las estrellas rodearon su frente, el sol la circundó con su ropaje. Digo que es causa ejemplar de armonía, pues concierta lo celestial y terrenal, acortando la distancia que la Encarnación había en parte franqueado. Separación análoga a la que distingue la nada y la existencia, el acto inmanente y la inercia, el espíritu y la cantidad dimensiva, establece también entre lo limitado y lo infinito un obstáculo inabordable para que en Cristo las dos naturalezas se confundan. María Santísima debía suplir la deficiencia. *Faciamus ei adjutorium simile sibi,* dijo Dios: démosle al hombre un auxiliar semejante suyo. Y en verdad ninguno como ella, que conservando su condición, así debía acercarse a la Divinidad sin identificarse con ésta, como el Hijo se inclinó a la humanidad sin dejar de ser Dios.

No es la Virgen divina de suyo; pero es madre de Jesucristo, y siendo Jesucristo una de las eternas Personas, María—en expresión de Bossuet—por su maternidad virginal concurre a la generación eterna del Verbo.

Correlativa de la ley del contraste, rige la ley de las compensaciones, por la cual las especies e individuos unos a otros se ayudan o contrarrestan. La corpulencia tiende a la deformidad. Lo vistoso del plumaje en las aves, no corre

parejas con el canto ni la potencia de sus alas. En lo racional sería vano intento exigir igualdad de aptitudes: jamás las prendas de carácter concuerdan en calidad o número con las buenas partes del entendimiento, ni con la perfección de los sentidos o la fortaleza muscular, o con la lozanía del rostro, la elegancia del porte, la limpieza de la sangre.

Mas en la Señora y Abogada nuéstra todo está proporcionado; todo converge por igual a la unidad más cumplida; al ejercicio de una misión perdurable. Para Ella no hay combinación casual de circunstancias; no le acaece lo que al ordinario de los mortales, cuyos grandes personajes, colocados en tiempo y ambiente diversos, no hubieran quizá propasado el nivel de lo plebeyo.

Ante el fin excepcional de aquella creatura se destruye toda valla de linajes, índoles y costumbres. La antigüedad esperó en Ella; las generaciones recientes a Ella dirigen las miradas, las plegarias de los labios, los afectos del alma. *Supra modum autem mater mirabilis et bonorum memoria digna.* La maternidad fue el destino de la Celestial Princesa De esta calidad de Madre universal proviene su Concepción purísima, su plenitud de gracia, su castidad integérrima, el ser árbitro de nuestra suerte, el honor de su omnímoda realeza. En las sociedades el alto origen de la supremacía requiere la intervención transitoria de los asociados. Pero nuestra muy Augusta Soberana no debe su corona a los hombres, y son juego de niños las más aventajadas dinastías delante de quien ve humilladas a su presencia las potestades del infierno, los tronos y dominaciones del cielo.

Tanta excelencia requería resplandecer a vista de los

hijos de Adán: el brillo es complemento definitivo de la belleza. Tratándose de la que es causa de nuestra alegría, añadiremos que tiene a par de Dios su gloria extrínseca, sus manifestaciones *ad extra,* siendo como es reflejo purísimo de la Divinidad. Realza su nobleza la estrecha unión con Dios, quien hizo más notoria su gentileza de forma que a todos los ojos pareciera de aspecto incomparable. *Praestitisti decori me virtutem.*

Levantad la frente para divisar esa Estrella de Jacob, *micans meritis, illustrans exemplis.* Espaciaos por el vergel cerrado lleno de renuevos, frutales y plantíos aromáticos, donde discurren las aguas vivas que bajan con ímpetu del monte, en medio de las vides en cierne y los granados en flor. Descorred los pabellones de Cedar para deslumbraros con el metal precioso, la pedrería, la rica urdimbre. Visitad el estrado de la primogénita de Faraón para apreciar el lujo de sus artesonados, considerad la torre de Hermón, que por frente de Damasco señorea tan esbelta y ornada de baluartes. Recorred, digo, las crónicas todas mosaicas, paganas y eclesiásticas. En los días mismos del conquistador de las Galias, hallaréis en los penetrales de los bosques el culto de los druidas a la Virgen que había de dar a luz. Penetrad más tarde en la criptas de Roma gentil, decoradas con los ensayos de la pintura religiosa en memoria de la antigua Miriam de los hebreos. Y si llegan hasta ese retiro a despertaros de vuestro ensueño los gritos de los germanos invasores, salid y avistad ya los primeros santuarios marianos descollando entre la humareda del saqueo bajo las brumas del norte o al sol de las comarcas meridio-

nales. Seguid luégo a la Dominadora, que rompe victoriosa marcha, escoltada por los siglos, trocando mitos y leyendas, y sólo deteniéndose para velar a la cuna de las nuevas naciones de occidente. Trasladaos a orillas del Gave; volved, en fin, a los momentos actuales y comparad este espectáculo con los origenes remotos de nuestro país.

Hace cuatrocientos años escasos, este que a los expedicionarios pareció valle de alcázares, en gran parte inculto y anegado, era tan sólo asiento de tristísima barbarie; donde a la inversa del cantor de Itálica valdría exclamar: «Esta plaza fue llano, sin un templo». El propio paraje de nuestra ciudad fue allí campo de combate; acullá teatro de orgías; más acá. escondrijo de alimañas cuando no sitio de sacrificios humanos en que a jóvenes prisioneros destrozábanles el pecho para arrancarles el corazón palpitante, en honor de sus deidades. Hoy a la idolatría sustituyó la religión verdadera, la de los pueblos más ilustres de la tierra, la civilizadora de los aborígenes, la que en esta misma capital ha sido insultada por colombianos sin razón y sin Dios.

Los adoratorios quedaron para siempre abandonados. En vez de las víctimas sangrientas inmoladas al luminar del día, se celebra el sacrificio incruento de la Hostia viva que a diario nace para nosotros como Sol de justicia bajo cuyos destellos está la salvación. Donde antes, en homenaje de la diosa nocturna, resonaba la algazara de la tribu, se oyen ahora los murmullos del Rosario. No se escucha la aspereza de una lengua salvaje sino los acentos del idioma castellano para suplicar, para agradecer, para bendecir, para cantar a Nuestra Señora; porque los viejos presagios se es-

tán cumpliendo: «La región desierta e intransitable se alegrará, saltará de placer la soledad y florecerá como lirio, fructificará copiosamente y entonará cánticos; se le ha dado la gala del Líbano y el esplendor del Carmelo. Sus habitantes verán la magnificencia de nuestro Dios».

En este recinto calla la blasfemia, el empedernido se arrepiente y el pobre se engalana. Aquí el mundano se prosterna, el disipado se recoge y el triste se regocija. Aquí reza el niño y el varón llora. Oh, vosotros los que habéis abierto los secretos de vuestra conciencia para dar salida a los remordimientos y ofrecer entrada al Huésped, ausente há tánto tiempo. Escuchad lo que os dice Isaías: «Dios mismo en persona vendrá y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, las orejas de los sordos, la boca de los mudos. En las cavernas que habían sido guarida de dragones, brotará la verde caña y el junco; y habrá un sendero santo que no pisarán los inmundos. No habrá allí fieras de asecho sino que lo transitarán los que hayan quedado libres de la esclavitud del pecado; y redimidos por el Señor vendrán a Sión con himnos y enajenados de gozo».

El profeta festejaba vuestra conversión; y aquel sendero santo es el que os ha traído a postraros ante la clemente, la piadosa, la dulce Virgen María. Que así estaba escrito: «En todas las naciones tuve predominio; sujeté con mi poder los corazones de grandes y pequeños, y en todos ellos busqué *donde fijarme*. Ved cómo por Ella nos vinieron riquezas innumerables, porque es la Madre de todos los bienes; ved cómo el Carmelo es de veras lo que su nombre significa: pradería de viñedos y olivos, lugar de delicias y

abundancia de gracias. ¡Ea, pues, Señora nuéstra! Con esa tu gallardía avanza prósperamente y reina por medio de la verdad y la mansedumbre y la justicia. Revestida como estás de hermosura, *Trahe nos, post te curremus in odorem unguentorum tuorum*. Llegados a este punto, séanos concedido, no por vía de optimismo, sino con la convicción de la esperanza y de la fe, escrudiñar el horizonte de nuestra vida nacional y entrever mucho más allá de tenebrosos celajes, vislumbres de bonanza. Una posición tan ventajosa; una tan extraña mezcla de usanzas; una historia en que se suceden hazañas e infortunios inauditos, hacen pensar en el decreto de la Providencia, que acomoda los medios al fin, que da la llaga y la medicina; que hasta la noche prolonga el llanto, y al tornar de la aurora difunde el regocijo; que tarde o temprano fecunda la sangre de los héroes antiguos; que con duras expiaciones prepara el cumplimiento de extraordinarios designios. En presencia del Sumo Juez de las venganzas, el Angel Protector de Colombia podrá decir en su defensa: fue despreciada y olvidada pero fue digna en su olvido y en su afrenta. Fue pobre porque no supo violar derechos ni quiso hincarse ante el becerro de oro; fue azotada por la impiedad, pero en desquite reconoció oficialmente la soberanía social de Jesucristo; rindió a su Corazón Sagrado homenaje público y duradero; veneró y amó siempre a la Virgen preciosísima del Carmen.

EN LA FIESTA DE LA BORDADITA

Statuet filios suos sub tegmine illius (Eccli. XIV).

Bajo el amparo de ella colocará sus hijos.

Ilustrísimo señor arzobispo, excelentísimo señor, señores;

Mientras permanecemos en el mundo, el tiempo establece para nosotros con los demás seres tres relaciones necesarias, de pasado, presente y porvenir. A lo pasado nos une la fidelidad de la memoria; a lo presente, la aplicación actual y concreta de la inteligencia; a lo futuro, los impulsos de la voluntad. Y la retentiva, el pensamiento y el deseo, son también los móviles que van encaminando nuestra vida.

Mas el recuerdo de preferencia se adhiere a una prenda estimada; el entendimiento no se complace con abstracciones, si de algún modo no ve realizadas las ideas; y las aspiraciones se truecan en tortura, si les falta motivo inmediato que las aliente.

La imagen tutelar que preside este concurso; las creencias que profesáis; el país donde habéis nacido, os resumen las memorias más halagadoras, los conceptos más elevados,

las más gratas esperanzas. María Santísima, la religión, la tierra nativa, son otras tantas madres, y las comprende a todas en sí mismo este colegio. El título suyo mejor que en caracteres, está inscrito en las facciones virginales cinceladas por el escoplo de Pimentel sobre la fachada de la capilla, para conmemorar un renombre célebre, bajo el cual Nuestra Señora se ha mostrado auxiliadora insigne de los pueblos civilizados. El interior exhibe a vuestros ojos el aspecto apacible de la Bordadita tan familiar cuando vela desde su entalladura el descanso sepulcral del Padre Maestro y del viejo rector y magistrado, como cuando bendice cada tarde vuestro reposo, o cuando en la sala de honor encabeza el séquito secular de sus colegiales.

La enseñanza de quien es lumbrera entre los santos doctos, restaurada por el pontífice más esclarecido, aquí os ofrece las propias disciplinas ortodoxas: jugo nutricio con que la Esposa mística robustece y regala vuestra razón *tanquam si nutrix foveat filios suos*. No es aquella doctrina libro de siete sellos o *Sancta Sanctorum* vedado a los noveles. Es la enseñanza misma que inspiró al Dante, que ilustró las universidades europeas en la época media, y ha recobrado en la moderna tan grande valor científico, que desde temprano lo aceptó Leibnitz, y hasta hoy implícita o explícitamente lo han reconocido eclécticos como Cousin, talentos sapientísimos como Claudio Bernard, Lapparent y Berthelot; Hoffman y Cooke y Müller, e innumerables más. Hé ahí lo que por algunos se ha llamado «prejuicios seculares, métodos anticuados y obstáculo para la ciencia auténtica.»

Finalmente, se confunden con los fastos regionales los de esta casa, que uno de vosotros supo llamar «augusto santuario de la verdad; recinto que tiene encima el manto del rosario, y las huellas de un héroe en cada plinto.»

Símbolo de sus destinos es el cortejo procesional con que en fecha inolvidable acompañásteis a la Majestad eucarística, ostentando sobre la librea un emblema de nobleza y conduciendo triunfalmente a vuestra real Patrona.

La senectud de la institución no ha llegado todavía; su madurez ha comenzado; su infancia, viso de ulterior grandeza, va unida a las preciadas reminiscencias de antaño. ¿Por qué no asociarlas al festejo de la solemnidad presente? Emporio de patricios y caudillos, escuela de sabios, reliquia de siglos afortunados, vuestro hogar intelectual proyecta muy en alto sus muros sobre el horizonte de nuestra historia. Sus cimientos están consagrados con el sudor de antepasados hidalgos, sus baldosas con lágrimas de víctimas. Sus columnas se levantaban simultáneamente con los pilares de templos famosos, con las ermitas de apartadas misiones, cor los baluartes postreros de la ciudad heroica. Y mientras el cañón del bucanero llevaba estrago por todo el litoral de Tierrafirme, la campana de la construcción reciente invitaba a la oración y al estudio a los primeros escolares, cuyos sucesores son los que con sus insignias y leyendas decoran el aula mayor; con sus merecimientos abastecen nuestra gesta magna, o descuellan con sus efigies en nuestras metrópolis. De ellos habéis recibido, como los lampadarios griegos una antorcha inextinguible, para subir con

ella a la cima de la fortaleza donde estriba el asiento de la sabiduría.

La fundación ha subsistido por centurias. Esa existencia ha sido como la vida de los patriarcas, larga, laboriosa y prolífica. Se ha deslizado no con el desenfreno de torrente devastador; antes bien, como el caudal de nuestros grandes ríos, potente y majestuoso al peso de barcos colmados, teñido un día en sangre generosa y arrojando a playas estériles los despojos extraños que pudieran profanarle.

El instituto es hijo predilecto de la nación; ésta lo es de la Iglesia; la Iglesia es prole adoptiva de la Progenitora misma del Verbo. Ahí tenéis la filiación que refrendáis al franquear estos umbrales.

Así pues, vuestra condición de alumnos, vuestra nacionalidad, vuestras obligaciones de cristianos, vuestro honor de estar bajo el auspicio de la Virgen, suministran sendos temas que virtualmente se reducen a uno solo, considerando en un común respecto, y en relación con la comunidad, a la madre celestial, a la madre colectiva de los fieles, y a la madre patria.

Todas tres guardan mutua semejanza: todas os engendraron para Dios: todas *genuerunt in dolore*: la Corredentora con su constancia en el Calvario; la sociedad de Cristo con sus mártires; y a par de Niobe trágica la Gran Colombia con los suyos. Todas ellas son puras.

La que se apellida Espejo de justicia, es toda pulcra y sin tacha, por ser dechado de la Divinidad. La otra simbólica Princesa de los cánticos, tampoco tiene asomo de arruga, y al par que imponente cual falange a punto de acome-

ter, es inmaculada como aquella gigantesca legión apocalíptica de la ciudad de Dios, que columbró un varón angelical sobre la colina de Sión, modulando el himno nuevo de la castidad vencedora. Y sin mancha es la fama de nuestros timbres y preseas, cuanto es intacta la cimera de las moles andinas, y limpia la honra de la cruz de Calatrava.

A la sombra de tal cruz estáis colocados. Con ella os cubre asimismo el pendón querido que sobre vuestras frentes extiende su zona de oro y púrpura, gaje de prez y sacrificio. y su jirón de cielo, signo de anhelos inmortales. No menos os circunda *in fimbriis aureis* el ornamento vario de la matrona prefigurada por el salmista; pero, ante todo, os resguarda nuestra ínclita Señora del Rosario. A la manera como Roma gentil envolvió en los repliegues esculturales de su toga el código de la razón escrita, y Roma convertida el cuerpo de su canon, y la hija de Bolívar nos abrigó en su clámide guerrera. tanto así la Bordadita revistió con su palio imperial vuestros estatutos. que serían letra inerte sin tal investidura de justicia. La orla de ese ropaje alcanza a tocarme, y a él se acoge para dirigirse a vosotros un desconocido hermano vuéstro, quien lo es por la fortuna de haber frecuentado este claustro en años remotos y por vínculos de ascendencia con el eclesiástico patriota que regentó esta mansión a comienzos del siglo pasado.

Intento hablaros del espíritu de vuestra corporación Porque cada madre. aparte de alimentar de su propia sustancia, infunde moralmente su espíritu.

Nuestra Abogada, en cuanto proveedora de la gracia, la inmensa congregación católica con su labor docente y santificadora; la república con su carta ejemplar, y este

clásico establecimiento por virtud de la suya, concurrieron a crear otra *madre bienhechora y fecunda*, reflejo de aquella múltiple maternidad: *alma sancta, magna parens*: principio que aquí determina y anima vuestras prácticas y propósitos.

Es consecuencia suya la solidez y la mesura: el criterio que en vuestras faenas os hace preferir la profundidad a la extensión y la calidad al número, la seriedad que distingue los actos oficiales y hasta se copia en la estructura del edificio; la cortesanía cordial, amistoso parentesco entre compañeros, y superiores con inferiores. *Praestat amicitia propinquitati*. Prevalecen los más elevados estímulos. Hay ambiente claustral, pero no hay sombras o reconditeces en los claustros, ni en los semblantes ni en las almas. Y la vigilancia no es espionaje servil que cría pusilánimes o solapados.

Es otro lineamiento la tolerancia de buena ley, que en la región del pensamiento rechaza todo absolutismo sobre materias opinables, y en el terreno de los hechos evita una combatividad mal entendida.

Fuera superfluo advertiros que precisar estas cualidades no es desconocer que pueda haberlas en algunos otros centros colegiados, o negar que dondequiera las ventajas y deficiencias suelen compensarse más o menos. No se trata de hacer a nadie inculpaciones desde la cátedra santa, ni de contraponer méritos a méritos, excitar emulaciones, o dar pábulo a torcidos comentarios, producto de una suspicacia habitual y exagerada.

Dos tendencias diversas han impelido en todas ocasio-

nes al hombre, el culto del idealismo y el aprecio de la realidad; el conato del alma hacia las alturas, a merced del soplo divino que la creó; por otro lado, las exigencias de la materia de que fuimos hechos.

No son dos fuerzas antagónicas, no vale condenar a la una en defensa de la otra. Yerran, pues, los fautores exclusivos de una u otra tendencia por legítima que parezca. Olvidan que estando nuestro ser compuesto de espíritu y de barro por la Presciencia, el Poder y el Amor supremos, su misión temporal, como medio para un término definitivo todavía no alcanzado, ha de compartir las solicitudes de ambas partes integrales de la personalidad humana. Si al espaciarse por lejanías desmesuradas la dueña de los aires no por eso pierde de vista el paraje de su nido, nosotros, proscritos aquí abajo, tenemos siempre de viajar por este valle «tocada la sandalia con polvo de la tierra, tocada la pupila con resplandor de cielo». Tenemos, digo, de surcar las aguas hondas de los tiempos, imitando al vigía y al remero, en alta noche, en plena mar. Al primero desde el mástil de la gavia los vaivenes del navío no le hacen apartar la mira de los faros planetarios, mientras el otro, apegado al duro banco, distingue esos fanales refractados en las olas.

La educación que estáis recibiendo no desatiende el doble género de necesidades espirituales y materiales de la juventud que se pone bajo su influjo. Pero sin negligencia de las segundas, este plantel da al cultivo de la mente importancia peculiar cumpliendo así un objeto eminentemente práctico.

Comprendéis que sin estables bases filosóficas el derecho y demás asignaturas anexas serían después malos sostenes de la vida doméstica y civil. Ni necesito probaros que toda acción requiere dirección segura; que los conocimientos, aun dedicados a beneficiar o explorar el universo físico, no pueden prescindir de las normas del raciocinio, de las nociones últimas de los seres, de las demostraciones supremas que venís adquiriendo. En las matemáticas, exactas y todo, hay cálculos que superan el alcance de la observación, y conceptos cuya aprehensión excluye toda imagen sensible adecuada.

Por sobre el campo de la industria, situado en la escala ínfima de nuestra actividad, se explaya el orden intelectual a modo de anchuroso firmamento de donde aquél percibe claridad y calor, auras purísimas y rocío fertilizante: que tal es al servicio de los experimentos el método inductivo y deductivo que aprendéis. Además, la deseada simplificación de las teorías en las ciencias y de los procedimientos en las artes, acusa el predominio de la abstracción sobre los datos que brindan los sentidos; o lo que es lo mismo, la supremacía de la lógica sobre la rutina empírica, de la metafísica sobre la física, del espíritu sobre la materia, del idealismo sobre el positivismo.

Y para que aquella preponderancia de las facultades superiores no absorba las restantes energías juveniles, se os enseña a ejercitar la virtud genuina, la medida justa entre el exceso y el defecto. Se os previene que el mucho conocer nos aproxima a la Divinidad y que la ignorancia es origen de los males todos; pero también que hay una altura inaccesible, la cual, cubierta como la bóveda nocturna,

de esplendores y tinieblas, vence el esfuerzo de la investigación. El abuso del juicio marca el peor de los desequilibrios, pues nada más racional que la fe, participación sobrenatural de la luz eterna en nosotros, al paso que la razón es su participación natural. Sobre lo cual habeis oído las disertaciones elocuentes de los oradores que me han precedido en este sitio. Os fueron repetidas entonces las amonestaciones de San Pablo, que para los romanos confirmaban aquel *ex sapientia modum* recomendado por Tácito. La sabiduría humana es apenas un medio para llegar a Dios; pero no pueden trastrocar el medio en fin los que la inquieren, no les suceda como a los caldeos primitivos, que a fuerza de remirar los astros concluyeron por adorarlos.

Menguada idea tendría del idealismo quien se lo fingiese como agente de ensueños ociosos ,o mero pleito homenaje a la belleza artística, particularmente a la literaria, ya que la cultura del entendimiento y de la fantasía no tienen por resultado obligatorio formar letrados o poetas, mucho menos cuando se padece plétora de aquéllos. Cierto es que sin el arte quedaría oscurecida gran parte de la antigüedad, y más aún apagada la lumbre de las letras; ni es menester para observarlo aducir a Cicerón. Pero cierto es igualmente que a más de la perfección deleitable de la forma, donde vislumbramos traslados parciales de la infinita Hermosura, existe la ciencia, destello de la Verdad divina, y la virtud, efecto de la Suma Bondad. Por esto no tanto se pretende haceros hombres de refinado gusto estético, no tanto hombres especulativos, cuanto

hombres buenos y a ello convergen todos vuestros estudios.

La idolatría de las formas bellas, lejos de tender al ideal, degenera fácilmente en frívolo sensualismo; y si éste en vez de enaltecer el espíritu, lo convierte a la materia, ¿por qué no procurar más bien que lo material se espiritualice, que nuestro tesón en objetos de grado inferior nos sirva de apoyo para encumbrarnos a lo verdadero y lo bueno, de la misma suerte que Anteo alzábase a mayores, recuperando sus bríos al contacto de la tierra?

No es otro el pensamiento que por menudo explana San Basilio en su carta a los adolescentes sobre el provecho de las letras paganas. Díceles que al modo como es propio de un árbol cubrirse de frutos; pero son, además, gala suya las hojas que en cada gajo verdean y se agitan guarneciendo los racimos y poniéndolos de mejor ver, también la virtud es el fruto preferente del ánima sin perjuicio de que se adorne con útil instrucción profana. Propóneles el caso del legislador hebreo, amaestrado en el saber de los egipcios antes de darse a la contemplación y trato del Señor. Y les advierte cómo todas las humanas ocupaciones deben orientarse, no a lograr únicamente la felicidad transitoria, sino que habemos de enderezar el ahinco a esotra sempiterna vida que nos aguarda, tan distinta de la terrena y superior a ella, cuanto el sueño dista de la realidad y el alma excede al cuerpo. Recuerda, por último, que todo bien fenece, pero el mérito de las acciones no podrá sernos arrebatado con la muerte. Tal es

ogni virtú che del saper deriva

la riqueza divina y humana cifrada en las páginas de Santo Tomás. Ved el espíritu que se os inculca, muy otro del mundano, y cuya influencia no queda estacionaria en un rincón de la mente, sino que templa los ánimos, trasciende a las costumbres, *inhabitare facit unius moris in domo*. Y de que se os modela el carácter, es prueba la muchedumbre de cuantos salieron de estas aulas, a ser en público y en privado ciudadanos benéficos, pero sin llevar a mal que otros lo sean; respetuosos de la autoridad, sabedores de que no son carácter los arranques pasionales, ni el talento es viveza de la imaginación, ni el bien obrar se calcula, ni la piedad se circunscribe a ritos externos.

Cuando la doctrina no pasa a ser disciplina de la conciencia, se verifica el dicho de un moderno: «El que no vive como piensa, termina pensando como vive».

La ilustración sola produciría soberbia de fariseos, guardianes presuntos e intangibles de la ortodoxia: *genus irritabile* más numeroso que el aludido por el lírico latino, *aemulationem Dei habentes, sed non secundum scientiam*.

Toda causa vital da cohesión a los miembros en que reside. A facilitar esto en vosotros contribuye la índole nacional del Colegio Mayor, que alberga jóvenes escogidos de todo el territorio: *Filii tui de longe venient... et de latere surgent.*

Hace trescientos años que de nuestras costas y valles, de nuestras llanuras y montañas, diez generaciones, en doble corriente de flujo y reflujo, han buscado y tomado aquí alternativamente su punto de partida, como las vías romanas lo tomaban de aquella piedra miliaria y relu-

ciente, erigida por Octavio César en la entrada más ancha del Foro. Aquí no sólo está el núcleo de la república, sino palpita el corazón de Colombia, recogiendo en sus contracciones caros restos de días lejanos, y difundiendo elementos nuevos para lo venidero. Sobre la tumba de la colonia siguió creciendo el prístino brote republicano, sembrado en vuestras ordenanzas por mano de profeta. Bien mereciera el sembrador la sentencia de Quinto Cecilio:

Serit arbores quae alteri saeculo prosient.

Fue muy tenaz el arraigo de la planta; amenazó alguna vez la oruga desecarla y el áspid guarecerse entre su copa. Las podas sufridas hiciéronla más frondosa, y hoy el follaje adulto, es más hospitalario que el laurel antiguo donde la estirpe de Príamo destronado halló refugio y amparo. Porque la raíz de la sabiduría es temer al Señor, y son sus ramos duraderos.

El espíritu de una colectividad habita principalmente en sus tradiciones. Las vuéstras no necesitan archivos ni monumentos; pero ya orales o escritas, fincadas en alhajas o perpetuadas por las usanzas, se conservan en lo sustancial, que es inmutable, como se conserva la integridad personal, a pesar de los cambios del organismo, que tampoco borran en el rostro muchos rasgos persistentes de la puericia, ni alteran el aire de familia. «Guardad esas tradiciones, conformáos a ellas». *Et majores vestros et posteros cogitate.*

Pero de todas, vuestra mejor tradición es la Borda-

dita. Las otras os evocan la edad de oro de las glorias añejas. Ella os promete la edad de oro de una gloria imperecedera. Aspirad a esa dicha celeste, donde se desvanecerá por superflua la erudición del siglo; donde ojalá un día os encontreis cual ahora, leales hijos y vasallos, a los pies de vuestra Soberana. Que viváis y expiréis con su invocación en los labios, su presencia en la memoria, su amor en la voluntad. Cada hora en su nombre empezáis y acabáis las tareas: que de igual modo comencéis y concluyáis la gran lección de la vida, completando las tres educaciones que constituyen al hombre: la del techo paterno, la del aula y la del mundo. Si admiráis la belleza, no desairéis a Aquella que a todas compendia« «síntesis del cielo», en expresión de un vate nuéstro, devoto suyo Si sentáis plaza de caballeros cristianos, tenedla por señora de vuestros afectos, para ser de veras *homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes.*

En varias de las iglesias destruídas durante la guerra, dominando los escombros, ha quedado providencialmente incólume alguna estatua de María como visión de consuelo. Algo semejante cabe imaginar de ciertos corazones. Fueron ellos fábricas vivas, obra de un esmerado empeño educador. Si la impiedad viniese a conmoverlos. todavía espero que al arrimo de la nave desmantelada permanezca para siempre ilesa la figura de una mujer bendita, de porte regio y miradas maternales.

Pero sin extremar conjeturas, tiempo vendrá en que, extinguidos por la edad madura el ardor del cerebro y los

arrebatos de supuesta entereza, desdeñaréis aficiones que os satisfacen por ahora.

Tiempo vendrá en que, de grado o por fuerza, sin pesimismo ni optimismo, no daréis a las cosas y a los vocablos más ni menos valor del que tienen. Tiempo vendrá quizás en que una oleada glacial invadirá el ánimo y os atendréis mejor a los principios y a sus conclusiones ciertas. Entonces del altar de las afecciones mundanales acaso irán cayendo muchas deidades, como Dagón mutilado ante el Arca del Testamento; porque la virilidad, no pocas veces derriba ídolos incondicionalmente adorados en la juventud.

Mas nunca serán falsas deidades para vosotros las aserciones sacrosantas del dogma, los fueros de la moral, la eficacia de los sacramentos y demás observancias católicas. Tampoco será irrisorio el magisterio desapasionado de un sacerdote compatriota vuéstro, autorizado no solamente por el prestigio de la orden sagrada, sino también por el ejemplo, por el valor doctrinal, por el trabajo palpable de veinticinco años.

No sería impropio de un agradecido discípulo suyo aludir sin restricciones a sus luchas y triunfos. Mejor se hablará de ellos en la próxima celebración de sus bodas rectorales: ni será ostentación vana la voz unánime y espontánea de la Iglesia, del estado, de la nación. Pues si al decir del apóstol, quien edifica una casa terrenal lleva mayor honra que la casa misma, todavía mayor la llevará quien moralmente la reedifica. Será defendido debajo de su techado, *sub tegmine illius*, y en su buen nombre reposará.

El agradecimiento a quienes han sido verdaderos maestros desinteresados, y la gratitud para con Dios, autor de todos los dones, sea también un refuerzo que pongáis a vuestras convicciones religiosas. Entre los grandes beneficios que debeis corresponderle, contad, junto conmigo, el ser colombianos y rosaristas, el pertenecer al catolicismo, el estar especialmente favorecidos por la Madre del Salvador.

Sobre la puerta interior de este domicilio una placa de mármol lo denomina con propiedad *arcem christianae sapientiae*, como quien dice «ciudadela de la sabiduría cristiana», de la misma que encarnó personalmente en un seno sin mancilla.

Según esto, la Reina Madre y Virgen reemplace acá la Minerva del mito, que señoreando la roca fuerte de la Acrópolis, avistaban de muy lejos los pilotos del archipiélago. El cetro y la diadema de la Bordadita aventajan la lanza y el yelmo de Palas Atenea. Un rosario es su presea, su egida el Infante Redentor que sostiene en su brazo. Desde su escabel de serafines asiste a nuestras alternativas. Entretanto, el colegio continuará siendo depositario de los tesoros patrios, a guisa de un renovado Partenón, y a igual de la Victoria Aptera, la filosofía del Angel de Aquino dilatará sus alas para protegeros.

1915.

EL REINO DE CRISTO

Oración leída en la iglesia parroquial de La Veracruz.

Oportet autem illum regnare
Es necesario que El reine.
(I, Cor. XV, 25).

Hermosa como ninguna otra por su significación es la solemnidad que en este lugar bendito nos reúne, al cumplirse cinco lustros de pacífica vida nacional: merced extraordinaria, que si obliga nuestra gratitud hacia el Benefactor Supremo, nos invita de igual modo a rendir cultos a la Majestad augusta del Verbo hecho carne, para que en todo, según recomienda el apóstol, sea Dios honrado mediante Jesucristo, quien posee la gloria y el imperio por edades interminables.

El acto de adoración, vasallaje al señorío absoluto del Creador sobre nosotros, impónese de la manera más explícita en el día presente, destinado a festejar la alteza de Jesús, nuestro amantísimo soberano, resumiendo en una sola idea sus atributos de Dios Hombre y las grandezas de toda una era cristiana y dos veces milenaria, que le ha con-

fesado Rey inmortal, digno de honor máximo, perpetuo y exclusivo. Unigénito y consustancial del Padre desde la eternidad, verdadero Señor, por quien fueron hechas todas las cosas.

Esta soberanía suya, de derecho divino por su filiación hipostática, se nos ha manifestado de hecho y humanamente en el tiempo con los caracteres de una excelsa potestad espiritual, transmitida como donación paterna al Redentor de los hombres: concepto éste que envuelve los de vencedor del mal, conquistador del orbe, legislador y juez de los vivos y los muertos.

Por tanto, es rey en eminente grado, con plenitud de poderes en el cielo y en la tierra. Heredero del universo, su dominio abraza la totalidad de las criaturas; y los numerosos prodigios que obró, demostraron ser El dueño omnipotente de la naturaleza. Excediendo así su reino las prerrogativas de todos los demás, no es de este mundo por su origen, pero en el mundo existe como preparación a otro celestial y perdurable, conforme al anuncio del Apocalipsis: «El reino de este mundo ha venido a ser del Señor nuéstro y de su Cristo, que reinará en los siglos.»

Con razón aquel regio poderío se denomina de *excelencia,* en cuanto lo espiritual supera lo material, y lo permanente aventaja a lo transitorio, y lo divino antecede a lo humano, como lo figuraba este verso de los Salmos: «El Señor me ha constituído rey sobre el monte santo de Sión,» es decir, sobre la más empinada altura de Jerusalem, que a su vez era imagen de la humanidad redimida.

* * *

De esta suerte la dignidad real de nuestro Salvador resplandece para nosotros con títulos sobresalientes, sea que nos transportemos a las esferas de la teología, o que espaciemos las miradas por el ancho campo de la historia, eligiendo como puesto de observación la cumbre del Calvario, convertido en la gran montaña que Daniel vio alzarse sobre las ruinas colosales de cuatro imperios. Al contemplarlas, nos llegan también, traídos por el soplo de la inspiración, los acentos de los vates mesiánicos, la voz del sabio de Egina que glorificó el prototipo del Justo, los oráculos del canto sibilino de Virgilio, los rumores misteriosos que en sus crónicas recogieron Tácito y Suetonio, el general concierto de pronósticos y esperanzas que en el Varón salido del Oriente confirmó este mensaje de los cielos: «Será grande y llamado Hijo del muy Alto, reinará en la casa de Jacob por siempre, y su reinado no tendrá fin.»

Al cabo la palabra viviente del Todopoderoso bajó del Empíreo: *a regalibus sedibus venit*. Aparece el párvulo que presagió Isaías, juntando en sí las señales todas de la realeza, por ser el Mesías o Ungido real, según el significado hebreo, cuya traslación griega es el propio nombre de Cristo. Desde su nacimiento hasta su muerte acreditan aquella preeminencia la estirpe de donde procede y la noble ciudad que vio su cuna; la buena nueva que del ángel oyeron los zagales, y las ofrendas de los magos; más tarde las ovaciones de la turba; mejor todavía, el testimonio mismo del Nazareno ante el Procónsul, y por último, la divisa del patíbulo, donde una vez enclavado podrá con verdad decir: «Todo lo atraeré hacia mí.» Aquel madero de tormento,

que fue su condición necesaria de resurrección (como ésta la prueba plena de su divinidad), llegó a ser el solio con el cual únicamente compiten el trono del tabernáculo y el que le ofrecen innumerables corazones.

De allí adelante la cruz será insignia de honor, prenda de bendición y lábaro de altas empresas, conducido más allá de los mares y desiertos, adonde no alcanzaron los bajeles de Necao ni las huestes del Macedonio. Porque estaba predicho que el Señor Dios enarbolaría su estandarte victorioso entre las naciones; y siendo propio de un ínclito monarca debelar a sus enemigos, pertenece a Cristo la fortaleza incontrastable para destruir los obstáculos adversos a sus designios, que no son otros sino la salud de las almas. La supremacía de Jesucristo venció la hostilidad judaica, triunfó de las persecuciones imperiales y doblegó la fiereza de los bárbaros; como resistió al Islam, sometió a los salvajes de ambos hemisferios, y ha confundido a los escribas de nuestros tiempos.

Fue este predominio tan notorio a los primeros cristianos .que las actas de martirio solían acabar con una expresión que no ha perdido su valor en dos mil años: *Regnante Domino Nostro Jesu Christo.* Ved cómo a tales palabras corresponden la vasta acción del sacerdocio pastoral, la mudanza de las costumbres, la reforma de la legislación, las obras múltiples del arte piadoso y de las buenas letras, y aun los monumentos insignes de la remota antigüedad gentil, sintetizados en la aguja de granito que se yergue ante la basílica vaticana ostentando sobre su base esta inscripción: «Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera».

* * *

¿Cuál es, en concreto, la fuerza dominadora de ese imperio que sin haberse establecido ni mantenido con las armas, no puede considerarse en un solo aspecto ni en una sola región o una sola época? Es, en primer lugar, la eficacia de un magisterio o gobierno de las inteligencias por medio de leyes doctrinales fundadas en el Evangelio, que, aceptado por los países cultos, los engrandece, mientras aquellos otros que lo desechan retroceden a la barbarie. Y la virtud de tal doctrina se cifra en la preponderancia del espíritu sobre la letra muerta, del culto interior sobre el rito externo, de la recta conciencia sobre las prácticas farisaicas, y de la caridad sobre todas las cosas. Nace de aquí una vitalidad expansiva de que carecen otras religiones, cuyos fundadores propusieron ideales para determinados pueblos y razas, en tanto que el cristianismo es universal por esencia, acomodándose igualmente al habitador de las islas norteñas y al hijo de los trópicos; lo mismo a la sencillez de los rudos que a la perspicacia de los doctos. La parcialidad religiosa de algunos podrá exagerar o restringir la enseñanza del Maestro, desfigurarla, en suma, con falsas interpretaciones místicas o ascéticas de las cuales abunda en ejemplos la historia de la Iglesia; mas por encima de todos los desvaríos de la creencia prevalecen los grandes principios directivos, fulgores de aquella Verdad encarnada que liberta el entendimiento de los humildes y deja en su ignorancia a los soberbios...

La fe no cohibe los vuelos audaces de la fantasía y del pensamiento, ni el conato de la investigación. Ella no vedó

al filósofo de Hipona sobrepasar al de Estagira, ni a los ingenios, traducir en magníficas formas sus percepciones de lo bello. Tampoco le impidió a un monje medioeval antever las maravillas de la edad contemporánea; ni al sacerdote Copérnico escudriñar los secretos de la mecánica celeste; ni estorbó al genio solitario de Leibnitz, inventor del cálculo diferencial; ni abandonó a Spallanzani cuando sorprendía la germinación de los seres imperceptibles; ni a Roentgen al adivinar la radioactividad de la materia.

Si de las ciencias pasamos al terreno social, bástenos saber que el Salvador, con una frase alusiva a la moneda del César, orientó el derecho público estableciendo la demarcación de las dos potestades, jerárquica y civil. Todo ello testifica el dominio intelectual de Cristo; pero mayor aún es el que asume en los sentimientos y voluntades. Nuestra religión, en el curso de su existencia, muestra que el amor a El ha excitado continuas abnegaciones. Desde los discípulos, que todo lo dejaron por seguirle, comienza una serie de sacrificios que no han tenido por teatros únicos los circos y los yermos, las celdas de la Trapa o el cuadro gigantesco de las cruzadas. ¡Cuántas heroicas virtudes que ha infundido el Preceptor de Galilea, escapan a los acostumbrados elogios del apologista, y van a ocultarse en los deberes penosos del ministerio parroquial, o en la resignación de muchas almas escogidas que moran lejos de los claustros!

Al atractivo de Jesús en los espíritus no logran sustraerse los mismos que le niegan su divina misión o rechazan el sistema orgánico del catolicismo. Apartados de éste,

le aman el protestante y el cismático, y aun los infieles no son del todo ajenos al influjo de su dulce figura. Primer heraldo de su nombre fue Livingstone para las hordas ignotas del Africa ecuatorial; admiradores suyos hay ahora entre los prosélitos de Buda; y há tres años apenas, en la universidad coránica de El Azhar defendieron públicamente su honra los musulmanes del Cairo.

Bien lo merece un rey que a todos sobrepuja en sabiduría: *Deus scientiarum Dominus*: en poder, que así domeña las pasiones como aplacó la tormenta del Tiberíades; en bondad, porque su yugo no es opresor y su carga es liviana; en magnificencia, ofreciéndose a los súbditos en don: *se regnans dat in praemium.*

Vale afirmar sin hipérbole que la cultura actual está impregnada de cristianismo como de un bálsamo saludable que la preserva de completo estrago, por más gérmenes letales que ella guarde en su seno: puesto que la influencia de Cristo penetró muy hondo en el organismo de la sociedad civilizada, y su personalidad se incorporó a la historia humana tan estrechamente, que si la suprimimos queda ésta inexplicable, y desquiciada la moral ante enigmas desconcertantes que sólo pueden resolverse a la vista del crucifijo, en cuya presencia el estado de crueles miserias, connatural a nuestra especie, halla asegurada una compensación futura por obra de Dios justiciero y clemente. Tal es el arcano que descifra la idea grandiosa de la Redención, el dogma de una víctima propiciatoria del pecado, que compartió nuestros dolores y aceptó la muerte para trocarlos en gaje de ventura sempiterna, allá donde el venero de

inexhaustas delicias nos haga olvidar la fuente de las lágrimas.

* * *

La institución de la fiesta de Jesucristo Rey corona espléndidamente la liturgia eclesiástica, en particular los honores de latría que al Sagrado Corazón se tributan y los fastuosos homenajes eucarísticos que la cristiandad ha presenciado. Celebrándola cuando nos congratulamos por el bienestar de Colombia en el curso de veinticinco años, nuestro júbilo se torna en gracias a la munificencia del Príncipe admirable cuya mansedumbre alaba la Escritura. El será nuestra paz, vaticinó Miqueas; El es nuestra paz, nos advierte el doctor de las gentes. Porque la tranquilidad de un estado no puede conseguirse fuera del régimen cristiano, que transforma la ciudadanía en vínculo fraternal, que en lo político armoniza libertades y leyes, en lo administrativo equilibra derechos y obligaciones, ilustra la autoridad y dignifica la obediencia.

No retires de nosotros tan preciosa dádiva, oh Rey pacífico a quien la patria ha confiado su suerte y jurado pleitesía, oh Dios de nuestros padres que en tí creyeron, de nuestros mártires que en ti esperaron antes de legar a este panteón los trágicos recuerdos de su heroísmo. Al emanciparse de una caduca monarquía la república no se declaró independiente de ti; antes bien, te ha reconocido, y bajo la tutela de tu imagen ha puesto los domicilios y las mansiones oficiales; mas también es preciso entronizarte con más veras en el santuario de la conciencia individual y colectiva, para cumplir lo que tú dijiste: «El reino de Dios está

dentro de vosotros», que fue amonestarnos a la guarda de tus mandatos y consejos, *sin la cual son vanas las fórmulas de la piedad exterior*. Prez y cabeza de nuestro linaje, tú solo eres santo, pues los más adictos imitadores tuyos andan lejos de tu perfección infinita; tú solo eres dominador, pues de ti deriva toda potencia legítima; tú solo altísimo, porque ante ti las excelsitudes mundanas son humo de vanidad y polvo de corrupción.

La luz inaccesible donde habitas, esplende sobre veinte siglos de triunfos obtenidos a costa de tu pasión afrentosa, para que nuestra mente deslumbrada prefiera contemplarte hoy, no en la apoteosis del Tabor o el Olivete sino en la escena del Pretorio. Allí, consagrado con la unción de tu sangre, llevando por ludibrio una punzante diadema, un cetro de caña y un manto de harapos, inauguraste tu principado, revelándonos los gloriosos misterios que entrañan la vida y el sufrimiento. Salve, Rey de los judíos, del pueblo escogido que somos nosotros, a quienes rescataste y adquiriste de toda casta, lengua y nación, haciéndonos partícipes de ese reino tuyo venidero de la verdad sin sombras; reino del bien sin límites; reino de justicia, de amor y de paz.

1927.

PANEGIRICO
DE SAN FRANCISCO DE SALES

Predicado el 29 de enero de 1920.

> *Sapientiam ejus enarrabunt gentes; et laudem ejus enuntiabit Ecclesia.*
>
> (Eccli. 39)
>
> Será celebrada en las naciones su sabiduría, y la Iglesia pregonará sus alabanzas.

No voy a recordaros el celo apostólico de aquel misionero que sin haber cruzado mares o desiertos conquistó para la fe regiones dilatadas a costa de fatigas heroicas. No me extenderé en la biografía del preboste de Annecy, más tarde obispo de Ginebra. Tampoco estudiaré al predicador elocuentísimo, reformador de comunidades y fundador de la Visitación, a la que dio estatutos admirables por el acier-

to y la suavidad, según reza el oficio que hoy se le consagra.

Si en este punto me detuviera, ensalzaría también al apóstol del Sagrado Corazón de Jesús, repitiendo con Margarita María, que él fue promotor principal de su culto; que con su imagen blasonó el escudo de sus hijas para que le estuviesen dedicadas, y en su imitación cimentaran el edificio de la perfección religiosa.

Deseo tratar del escritor eclesiástico en algunos aspectos, con la asistencia, que invoco, de la Virgen bendita, de cuya devoción fue Francisco de Sales uno de los más fervientes propagadores.

Ave María.

En el santo de Sales vemos ante todo al ascético, al director de almas.

Es incontestable que entre todos los maestros de espíritu, ninguno como él puede proponerse mejor a la generalidad de los fieles. Como tal aparece en sus cartas y demás instrucciones; y el rito de la festividad llama especialmente a esto la atención, cuando en favor nuéstro interpone ante la presencia divina los méritos del bienaventurado, *ejus dirigentibus monitis*: mediante la observancia de sus consejos. De manera que por tres siglos está verificándose en él aquello del libro sagrado: «Difundirá como lluvia su doctrina; y el Señor inspirará sus enseñanzas. Elogiarán muchos su sabiduría, cuyo recuerdo será imperecedero de generación a generación».

Pues, hermanos míos, para la dirección espiritual no basta la santidad: es menester que ese arte de las artes va-

ya acompañado por la ciencia. Así lo reconocía Teresa de Jesús, al preferir los directores doctos a los santos. Y es que la piedad, si por una parte es útil y necesaria, por otra da ocasión al enemigo del alma para engañarla sugiriéndole ideas muy santas en sí mismas, teóricamente consideradas; pero que llevadas a la práctica pueden no convenir por razones de caridad, de prudencia y aun de justicia.

Sólo una piedad ilustrada sabrá evitar esos errores, de que no estuvieron exentos muchos varones piadosos, autores o directores espirituales. No así el autor de que hablamos.

En la dirección tenía en cuenta el carácter, la posición y el estado de las personas. Máxima suya era que antes de ejecutar un acto veamos no sólo si es lícito, sino además si es conveniente, porque no implica siempre conveniencia la bondad intrínseca de las acciones. Asímismo enseñaba que en todo se ha de hacer poco y bien; que el valor de los ejercicios devotos no está en el número sino en las disposiciones interiores con que se practiquen; que en el cumplimiento del bien es preciso evitar la precipitación y el exceso; que Dios se contenta con poco, porque sabe que no disponemos de mucho.

Aconsejaba no amar en demasía las virtudes, las cuales se pierden cuando se extralimitan. Y recomendaba las de poca ostentación:

«Cada cual—decía—quiere tener virtudes deslumbrantes colocadas en lo alto de la cruz, para que desde lejos sean vistas y admiradas. Pero casi nadie procura adquirir aquéllas que a igual del tomillo y del serpol crecen al pie

y a la sombra de ese árbol de la vida. Y sin embargo, son éstas las más fragantes, rociadas con la sangre del Salvador».

Advertía que hay tantas especies de santidad como santos hay; pues muchas veces tuvieron ellos pareceres contrarios acerca de unas mismas maneras de obrar; y deducía que no estando destinados todos los hombres a la profesión de iguales reglas y virtudes, *se puede por muchos caminos ir al cielo.* A muy pocos, en fin aconsejaba la lectura de obras de elevado misticismo, por los peligros que suelen hallar en ellas los caracteres exaltados.

Por estas breves muestras que os presento colegiréis que lejos de ser muelle, su piedad es sólida; tanto más que sus escritos han sido aprobados por el magisterio supremo.

Como controversista fue el campeón insigne de la verdad católica, que logró victorias señaladas sobre los herejes; mas también conoció como nadie la oportunidad y forma en que deben entablarse las polémicas religiosas. Comprendía que la Iglesia de aquí abajo es militante; pero que su milicia no es de insulto, de tono acerbo que exaspera al adversario.

El rostro de la Iglesia es rostro de matrona, de reina, de virgen: augusto como el de las vestales y diosas antiguas; y mal podrían exigírsele las gesticulaciones, el jadeo y los gritos de los púgiles del circo, en donde triunfó con majestad apolínea la constancia de los mártires.

Militante fue, pues, el obispo ginebrino, convirtiendo hugonotes con blandura de maneras y cortesía de palabras. Porque proverbial es su mansedumbre, fruto de la caridad encendida con que soportó calladamente las calumnias, me-

nos cuando el silencio pudiera interpretarse por aprobación del escándalo. Cuando algún apasionado religioso tachó de relajada su preciosa *Introducción a la vida devota*, y llegó a quemarla en público, el prelado magnánimo se limitó a decir: «Ojalá el corazón de ese religioso quedara tan abrasado en el amor divino, como el libro lo ha sido por las llamas».

Aquella mansedumbre fue la misma que guió su pluma al dictar normas de vida y al defender el dogma. A ella debe el atractivo que le distingue; que cautivó en rededor suyo las muchedumbres parisienses, como las de Lyon, Aviñón y Grenoble; como las que anualmente acuden a su sepulcro de Annecy. Por ella mereció los agasajos de Enrique IV el Caballeroso, y hasta el interés del apático Luis XIII. Por esa cualidad perteneció al selecto grupo de santos a quienes el Señor formó *in fide et lenitate*: bien así Juan Evangelista en el siglo I, el ático Basilio entre los padres, y el pobre de Asís en los tiempos medios.

Y este evangelizador, que en expresión de un apologista «tuvo vuelo de águila y sencillez de paloma», que con tan dulce influjo reformó la ciudad donde paseó Calvino su figura melancólica e implantó su despotismo sectario, ha sido ya declarado por la Esposa de Cristo, doctor suyo, es decir: escritor que en grado excelso juntó a la santidad la buena doctrina.

El que ilustró de joven las universidades de París y de Padua; el expositor a quien la Sorbona llamó «el más sabio teólogo de su época»; a quien sumos pontífices elogia-

ron y consultaron, hállase ahora asociado a los más eximios confesores de la fe.

Lumbreras del mundo intelectual y moral, falange de maestros cuales no tuvieron jamás las escuelas helénicas ni las cátedras romanas, son ellos los clásicos del catolicismo, que los coloca en trono de honor, y a la aureola con que fulguran en la gloria, agrega la corona de esplendores con que iluminan a la cristiandad sobre la tierra.

En medio de todos ocupa muy alto puesto el de Sales como doctor de la edad contemporánea. Baste indicar que en sus obras se apoyó una de las más importantes decisiones del Concilio Vaticano.

Quedaría la ojeada incompleta si prescindiéramos de su estilo, del que se ha dicho que tiene la frescura de los valles saboyanos, el perfume de sus praderas, la belleza de sus flores, la sublimidad del Jura y los reflejos azules de sus lagos. La *Filotea* brilla por eso entre las obras magistrales de la literatura universal; y con tal carácter inaugura cierta moderna antología, al lado de Balzac y D'Avenel.

Sin los tanteos de Amyot o del autor de los *Ensayos*, sin la pompa de Bossuet ni la sobriedad de Pascal, el fundador de la academia Florimontana (precursora de la francesa), es tenido por Henri Bordeaux y por Doumic como uno de los artífices de su lengua. Con la diafanidad de una corriente alpina, su frase se desliza sosegada, semejante al orear de los saucedales que fueron emblema de su casa y apellido. Cotejarle con los místicos castellanos, sería parangonar con los panales bullidores de Alcarria, los jugosos racimos que orlan por octubre las riberas del Ródano.

Supo vestir los dogmas austeros con las más delicadas gracias literarias, comparable al Dios de bondad que sobre los riscos borda recamos de césped, y cuelga festones en sus flancos escarpados. Tan imitador de Jesucristo en hechos como en lenguaje, utiliza para ejemplos y comparaciones cuanto de más hermoso puede la naturaleza ostentar. Los paisajes invernales, los brotes de primavera, las espigas del estío y las vendimias del otoño; los espectáculos todos de la comarca familiar, le suministran imágenes y temas inagotables, no sólo con sus rebaños y la florescencia y los frutos de sus vergeles, sino también con el instinto de sus aves canoras y rapiegas.

A tal galanura del decir se atribuye en gran parte el aliciente de esa alma noble, de ese hombre señoril como el castillo de Thorens, que fue su cuna, amable como la campiña que le vio crecer, sereno como las montañas que la circundan, apacible como el anchuroso Lemán celebrado por el estro de Byron a la hora en que el oleaje va rielando bajo los arreboles, «y la cigarra saluda la vuelta de las sombras».

Quiera Nuestro Señor haceros provechosa esta solemnidad infundiendo en vuestras mentes y corazones el espíritu de San Francisco de Sales. Vivimos en una sociedad habitualmente piadosa, y por lo mismo es necesario que en vuestras ideas y prácticas, en vuestras relaciones íntimas con Dios y con los prójimos no se mezclen ilusiones, fines extraños, conceptos mal entendidos.

No quiero terminar sin confesaros que de cuantos panegíricos me ha ocurrido predicar en muchos años de mi-

nisterio, no hay alguno para mí tan grato como el presente. Porque en fecha como ésta fui llevado a las fuentes bautismales; porque de niño aprendí a conocer al santo en sus escritos, que durante la vida sacerdotal me han servido para la conducta propia, y dirección de las ciencias ajenas; porque él me hizo estimar el instituto que se honra con su nombre y patrocinio y se rige por sus ejemplos; porque con su intercesión espero, en unión de vosotros, ganar la eternidad venturosa del cielo.

1920.

INDICE

	Páginas.
Don Juan Crisóstomo García	5
En Memoria de Quesada	15
Homenaje a los fundadores del Colegio de la Enseñanza	25
Elogio fúnebre	33
Oración laudatoria	41
Conferencia sobre arte religioso	53
La Virgen del Carmen	73
En la fiesta de la Bordadita	85
El reino de Cristo	101
Panegírico de San Francisco de Sales	111

Decor mentis
cordis novae
Ex libris Johannis C Garcia B. E.

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01399 9125